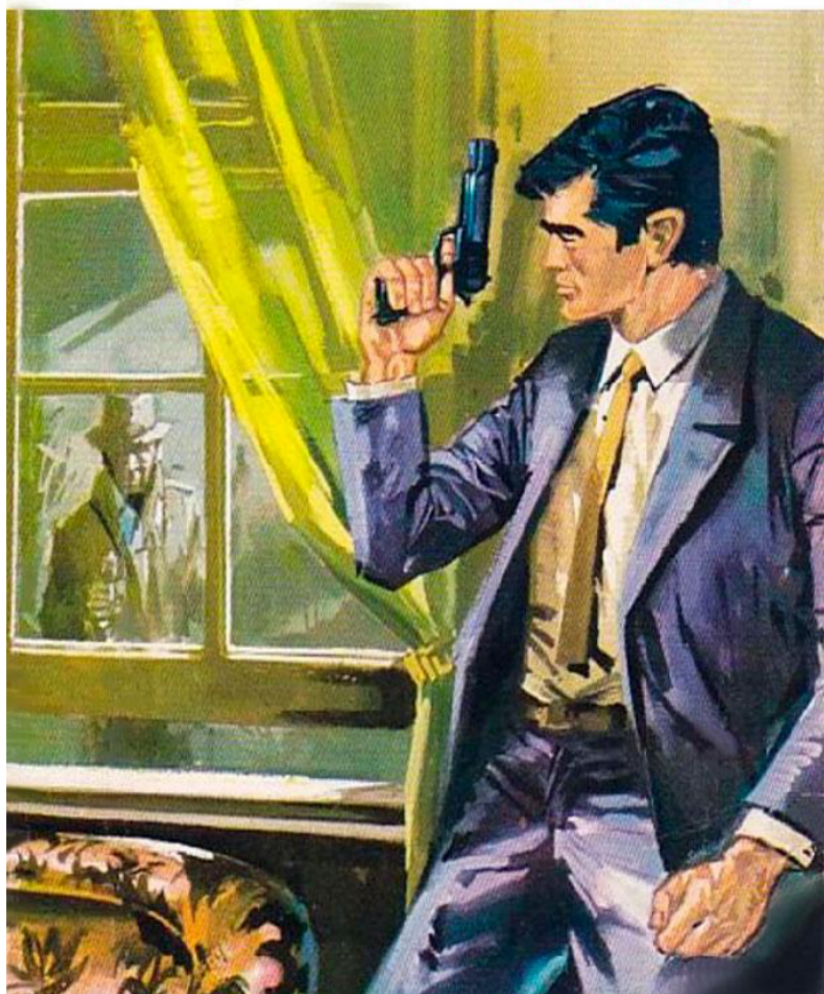


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

el asesino que llegó del frío

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL ASESINO QUE LLEGO DEL FRIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 463

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 2.958 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1971

© BURTON HARE, 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.073. — La vuelta de «El Exterminador».

En Colección PUNTO ROJO:

458. — Murió dos veces.

CAPÍTULO PRIMERO

Eran un par de atletas bien vestidos, uno sonriente y otro ceñudo, que tenían todo el aspecto de un par de ejecutivos de brillante porvenir, como esos que reclaman a diario los anuncios de los periódicos.

Me localizaron cuando estaba acodado a la barra del bar de Smithy, en la calle Fremont. Entraron y dieron un vistazo. Tras esto, vinieron rectos hacia mí y el sonriente dijo:

—Usted es Bert Connors.

—Nadie lo ha negado todavía. ¿Va a invitarme a un trago? Esbozó una mueca de desagrado.

—No hemos venido a beber.

—Entonces, pierden el tiempo. Es a lo único que sé puede venir aquí. El ceñudo soltó una especie de juramento en voz baja. Luego gruñó:

—Esto es mía pocilga. Apuesto que sólo venden matarratas.

—Seguro. Le matará a usted si bebe.

—¡Oiga, maldito si...!

El sonriente le atajó con un ademán.

—No compliquemos las cosas,

O'Mara

—murmuró.

Smithy les echó un vistazo y no debió gustarle mucho lo que vio, porque se aproximó y dijo hablando entre dientes:

—¿Qué pasa, Bert, dificultades?

—No lo creo... Llénalo otra vez, pero ahora a su cuenta.

—¿Qué beben ellos? —me preguntó.

—Vitriolo —dije.

El ceñudo volvió a abrir la boca, pero no llegó a pronunciar una palabra porque su compañero asintió:

—Vamos a beber cerveza.

—*Whisky* —exigí yo.

Se encogió de hombros. Smithy lo pensó un poco, pero al fin sirvió las bebidas y se apartó, aunque siguió a la expectativa.

El sonriente probó la cerveza, vio que no reventaba por eso y su sonrisa se hizo más amplia y amistosa.

—Queremos que nos acompañe, Connors —musitó—. Alguien quiere hablarle.

—Yo no quiero hablar con ese alguien, sea quien sea. Estoy bien aquí.

—Nos advirtieron que quizá ofreciera usted dificultades.

—El que les dijo eso me conocía bien.

—Sí —gruñó el ceñudo—. Le conoce perfectamente.

—Entonces, que venga él aquí y hablaremos.

—No puede ser. Es alguien importante.

—Yo también lo soy para mí.

—¡Usted es una maldita basura! —estalló el ceñudo al fin.

Sacudí la cabeza. Había bebido más de la cuenta, como de costumbre, y las brumas entorpecían mis reacciones. No obstante, dije:

—Usted está pidiendo que le salten los dientes. El sonriente volvió a poner paz y añadió:

—Tómelo con calma, Connors. Nos acompañará usted porque ésas son las órdenes que tenemos. Podemos hacerlo de modo desagradable o no, eso dependerá de usted.

Les dediqué otro vistazo. Apestabán a polizontes, según mi modo de ver, y eso no ayudó mucho a clarificar la atmósfera.

El ceñudo volvió a estropearlo:

—Nos dijeron que en tiempos fue usted un tipo muy rudo. No lo creí. Y no lo creo ahora que le conozco.

—Los años, bastardo —le espeté—. Le hacen a uno tan suave como un demonio. Y ahora escúcheme usted a mí. Si vuelve a abrir la boca se la cerraré de tal modo que necesitará una palanca para abrirla otra vez.

El sonriente dejó de sonreír.

—Escúcheme, Connors; tal vez no ha comprendido bien la situación. El hombre que quiere hablarle se llama Pell, Joseph Pell. ¿Cambia eso las cosas?

Me enderecé. Creo que las brumas del alcohol se esfumaron al

conjuro de ese nombre.

—¡Ya lo creo que las cambia! Ahora sé que pueden ustedes irse al mismísimo infierno, y no olviden llevarse a Pell por delante en ese viaje. Paguen y lárguense de aquí. Apestan.

El ceñudo saltó del taburete y gruñó:

—Eso ya ha durado demasiado.

Me volví, bajé del taburete y le envié un mazazo de abajo arriba. Le cacé bajo el mentón y sus pies se elevaron unas pulgadas del suelo. El salió volando hacia atrás, manoteando, y cuando se estrelló lo hizo con un estrépito de mil diablos al astillar una mesa con el impacto.

Los dos bebedores sentados en aquella mesa se levantaron de un brinco. Smithy saltó por encima del mostrador y los dos mozos le siguieron armados cada uno con una botella. El ex sonriente titubeó. No estaba muy seguro del terreno que pisaba. Dio un vistazo a su compañero, que estaba sentado en el suelo sacudiendo la cabeza y acariciándose el mentón, como si quisiera asegurarse de que todavía lo conservaba en su lugar.

Luego, Smithy gruñó:

—Son un dólar y quince centavos. Pague y llévese a su compinche.

El ex sonriente pagó. Luego fue al encuentro del ceñudo y le ayudó a levantarse. Eso acabó de estropearlo, porque el otro le apartó de un empujón.

—¡Voy a hacerle pedazos, a pesar de las instrucciones! —barbotó. Vino recto hacia mí con los puños en ristre.

Smithy le cerró el paso. Los dos mozos le flanquearon blandiendo las botellas. Smithy dijo:

—No quiero alborotos en mi local, así que lárguese antes que decida limpiar esto de basura. ¡Vamos, fuera!

El tipo se detuvo. Vio las botellas a Smithy y me vio a mí. Se desinfló como un globo.

—¡Maldita sea! —barbotó—. Habrá que hacerlo de otro modo. Di algo tú, Simpson. Simpson dijo algo. Mejor dicho: mostró algo.

Una credencial que colocó ante mis narices.

Era una credencial del FBI.

Suspiré y volví a encaramarme al taburete. Apuré el resto del *whisky*.

—Puedes volver al otro lado, Smithy —decidí—. De ahora en adelante se portarán bien.

—Bueno, pero alguien deberá pagar esa mesa que ese energúmeno me ha astillado. El ceñudo se disponía a protestar. Simpson dijo:

—Inclúyala en la cuenta de dos cervezas más y un *whisky* para Connors. Y tú siéntate y cierra la boca, O'Mara.

Yo manejaré esto.

O'Mara

gruñó:

—Lo dudo.

Pero volvió a encaramarse al taburete y estuvimos bebiendo en silencio hasta que el federal habló de nuevo:

—No queremos ser rudos si podemos evitarlo, Connors. Sólo le pedimos que nos acompañe, escuche a Pell y haga después lo que se le antoje. ¿Es tan difícil de comprender esto?

—No quiero ver a Pell.

—Pero, hombre, ¿por qué no?

—Porque quizá si le tengo delante no pueda contenerme y le mate. Se quedaron callados otro rato.

Apuré el *whisky* y abandoné el taburete.

—No habla usted en serio. Pell le aprecia.

—Como al infierno.

O'Mara

barbotó:

—Este asunto te pertenece, Simpson, pero si me dejas solo un par de minutos, ablandaré a esta basura todo lo que hace falta ablandarlo...

—¿Dónde quiere recibir el siguiente mazazo, hijo de perra? Simpson me tocó en el brazo.

—Cuidado, Connors. Otra agresión y me obligará a intervenir a mí.

—¿Quién es su belicoso compinche? No tiene pinta de federal...

—CIA —dijo solamente.

Comprendí que la cosa era realmente importante y aún me gustó menos.

—Entonces, átele una correa al cuello y lléveselo de aquí. Y

dígale a Pell que si han podido localizarme, también conocerá mi domicilio. Que venga él si quiere hablar conmigo.

Cambiaron una mirada. El hombre de la CIA estaba rojo de ira. El sonriente volvía a sonreír.

—Se lo diré —accedió al fin—. Creo que no nos dijo la verdad respecto a usted y eso debe pagarlo.

Dejó unos billetes sobre el mostrador a cuenta de la mesa rota, hizo un gesto de despedida y se encaminó a la puerta.

O'Mara

pareció salir de su letargo y gruñó una sarta de insultos dedicados a mí. Tras esto, siguió al tipo del FBI y ambos desaparecieron de mi vista.

Smithy contó los billetes y cacareó:

—Si no lo veo, no lo creo... Aquí hay dinero para comprar dos mesas.

—Trabajan a cuenta del Tío Sam. Pueden permitirse el lujo de ser generosos. Después de todo, el dinero procede de los impuestos.

—¿Por qué querían llevarte, chico?

—No lo sé.

—Se portaron de modo muy raro. Los polizontes no suelen actuar así.

—Ésos son polizontes muy especiales.

—Si se lo proponen te harán la vida imposible, Bert, aunque eso ya lo sabes.

—Veremos.

Sonó un teléfono en alguna parte. Poco después, uno de los mozos se acercó.

—Es para usted, Bert —dijo—. Una chica.

—¿De veras? Hoy es mi día.

—Sí, de eso ya nos dimos cuenta.

Fui al teléfono y escuché la voz de Tracy runruneando suavemente.

—¿Qué te pasa, primor? No son más que las cinco de la tarde —dije.

—Sólo quería asegurarme de que estabas lo bastante sobrio para recordar que prometiste llevarme a cenar esta noche.

—No lo olvidé. Pero estoy intrigado.

—¿Por qué?

—Me pregunto si sigues tan bonita como la última vez que te vi.

—Bien, seguirás intrigado hasta la noche, cabezota. Ah, casi lo olvido, querido: alguien estuvo llamando a tu apartamento desde la calle por lo menos quince minutos.

—¿No sabes quién era?

—No. Sólo oí el timbre una y otra vez.

—Está bien, al diablo. ¿A las ocho, querida?

—Está bien. Y no bebas más.

—¿Quién demonios te dijo que estaba bebiendo?

—Huelo a *whisky* incluso a larga distancia. Y colgó.

Ésa era mi Tracy. Toda una muñeca.

Depositó el auricular en el soporte y volví al mostrador.

Pero ya no bebí más, entre otras razones porque mi muñeca, además de una soberbia anatomía, tenía también algo en la cabeza, cosa que no puede decirse de todas las mujeres.

CAPÍTULO II

En la calle reinaba un silencio absoluto. No era una calle en la que nunca hubiera demasiada bulla.

Busqué un lugar donde meter el viejo «Caddy». Era un coche espectacular, pero viejo. Incluso había veces que se me ocurría pensar que sufría los mismos achaques que yo. Era una reliquia con un motor que runruneaba igual que un gato satisfecho, que protestaba cuando le exigía un esfuerzo demasiado duro, y que parecía alegrar sus campanillas cuando Tracy subía a bordo.

Lo mismo que yo, naturalmente.

Encontré un hueco entre un «Dodge» rutilante y un pequeño «Renault» y conseguí introducirlo ahí, aunque tuve que saltar por encima de la portezuela porque la cosa estaba tan justa que ni un alfiler hubiera podido salir normalmente.

Mi chica estaba esperándome ataviada como para ganar un concurso.

Entré en el apartamento y tan pronto hube cerrado la puerta ella giró sobre sus pies y preguntó con interés:

—¿Cómo me ves, querido?

—Como a un millón de dólares.

Tracy tenía todo lo que debe tener una mujer, pero distribuido con liberal generosidad. Desde cualquier ángulo que se la mirase era una maravilla curvilínea, una auténtica lección de geometría.

Su cintura resultaba inverosímil, resaltando sobre unas caderas ideales dotadas de un movimiento que mareaba. Sus senos eran altos y turgentes y tenía unas piernas largas y deliciosas que encantaban a los fotógrafos de publicidad, para los que posaba de vez en cuando.

Pero donde uno sentía que podía perder el control era en su rostro. Sus ojos hacían diabluras sin proponérselo, riendo y chispeando desde las verdes profundidades.

En cuanto a sus labios...

Bueno, los encontré estampados contra los míos y sus brazos se enroscaron en torno a mi cuello sin darme tiempo a tomar aliento.

—Tú, salvaje —jadeó no sé cuánto tiempo después.

—Para otra vez te...

—Cierra el pico. Por poco no has destruido toda mi obra artística.

Se desprendió sin muchas prisas de entre mis brazos y corrió hacia el tocador, donde se entretuvo en retocar un poco su maquillaje.

—Ya salí de dudas —comenté, acercándome a ella—. Sigues siendo la chica más linda de cuantas pisan esta podrida ciudad.

—Me gustaría estar segura de eso, sólo para mi propia tranquilidad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi?

—Bueno, no más de tres días.

—Y vives en la puerta que hay frente a la mía. Todo un récord.

—Lo creas o no, ni siquiera he entrado en mi apartamento. Tenía mucha prisa por verte.

—Si eso fuera cierto, no tendría que pescarte en esa cueva de tu sinvergüenza compinche...

—¿Smithy?

—Ése.

—¿Be qué te quejas? Allí me tienes seguro. Se ladeó, mirándome con una sonrisa.

—A veces me pregunto por qué demonios te quiero... Eres el tipo más inconstante y desordenado que conocí jamás.

—Si renuncias a salir, creo que podré hacerte una demostración de las razones por las cuales me quieres un poco.

—Ya sé lo que quieres decir, pero no. Quiero ir a cenar fuera.

—Bueno.

Así es que salimos y cenamos en un restaurante italiano, con luces tamizadas, platos típicos, música suave y todo eso.

Ni una sola vez recordé el incidente de los dos brillantes ejecutivos y su encargo. Bailamos hasta las tres de la madrugada en un tugurio de la costa que pertenecía a Johnny Coppola, un *exgángster* muy listo que había sabido detenerse a tiempo y ahora

era un ciudadano honesto que pagaba religiosamente sus impuestos.

Fue una noche espléndida en la que bebimos champaña, bailamos y nos aturdimos sintiéndonos reyes de un paraíso azul que no parecía tener fin.

Sólo que los paraísos no existen.

Conducía el «Caddy» de vuelta al hogar cuando ella musitó:

—Tengo un presentimiento.

—Qué cosas.

—Te hablo en serio.

—¿Tú?

—Un presentimiento relativo a tú y yo.

—No empieces a desbarrar. Conozco esa clase de presentimientos. Todos tienen un fin parecido.

—¿Qué fin?

—La vicaría. Se echó a reír.

—Eres un granuja de tamaño natural.

—Gracias.

—Pero creo que, si no lo fueras, no podría quererte. ¿Entiendes tú eso?

Maniobré para acercar el coche a la acera. Me disponía a responder cuando vi a los dos tipos plantados ante el portal del edificio de apartamentos.

—Yo también tengo un presentimiento —dije entre dientes.

—Tú no eres de esa clase.

—Oh, esta noche sí. Un presentimiento que augura dificultades. Ladeó la cabeza y susurró:

—Depende de lo que llames dificultades. Aunque quisiera ofrecerte yo algunas, tú tienes una llave de mi puerta si mal no recuerdo.

Cerré el contacto y no pude contener un suspiro.

—No me refiero a «ésas» dificultades, corazón. Alguien tiene la idea de estropearnos la noche.

Atravesamos la acera. Los dos individuos se despegaron de la pared. Junto a mí, noté cómo Tracy se ponía rígida.

—Te lo dije. Eso son las dificultades —mascullé. Eran el sonriente y el ceñudo.

—Estamos aquí desde las once y cuarto —anunció el sonriente.

El ceñudo estaba examinando la anatomía de mi chica con tal

minuciosidad que parecía buscar algún arma oculta en sus curvas.

—Ya me encontraron. ¿Le dieron mi encargo al gran tipo?

—Seguro.

El ceñudo lo estropeó otra vez. Dijo:

—Nunca imaginé que una basura tuviera tanta suerte con las fulanas. Ésta es de campeonato, ¿eh, Simpson?

La respuesta nunca le llegó, porque mi puño se le hundió en la barriga respaldado por todo mi peso.

Emitió un bufido y se dobló, boqueando. Pude cazarle de nuevo con un rodillazo en la cara y esto fue excesivo incluso para un tipo duro de la CIA.

Dio una voltereta y cayó despatarrado sobre la acera, donde se quedó hecho un ovillo, jadeando lastimeramente.

Simpson soltó un juramento y me apartó de un empujón.

—¡Maldito sea, Connors, no puede usted hacer eso!

—Ya lo hice. Y lo repetiré si ese bastardo vuelve a dejar oír su voz, aunque sólo sea para comentar el tiempo. No debió traerlo con usted.

Junto a mí, Tracy indagó con calma:

—¿Quiénes son tus amigos, querido?

—Bueno, no puede decirse que sean amigos míos. Pero éste es Simpson, del FBI, y ese escarabajo del suelo se llama O'Mara

y pertenece a la CIA.

Simpson no parecía tener prisa en ayudar a su compinche. Le vi atisbar hacia los coches estacionados y luego volverse hacia mí.

—Suba a su apartamento, Connors —gruñó—. Y olvídense de su chica por esta noche. Va a recibir una visita.

—¿De qué habla, Bert? —Runruneó Tracy.

—Voy a terminar con esto de una vez, linda. Sube y acuéstate. Yo me ocuparé de estos caballeros.

—Pero...

—Cuando los haya arrojado escaleras abajo, iré a reunirme contigo. De todos modos, la noche sigue siendo nuestra.

—No estoy segura de que me guste eso...

—No lo compliques tú ahora, primor. Vamos...

Subimos por las escaleras, dejando a los dos socios discutiendo en la acera, aunque en realidad la única voz que sonaba era la del

federal.

Nos detuvimos ante su puerta. Allí la besé para impedirle protestar otra vez... Bien, y para sentir su boca en la mía por una eternidad.

Después, cuando ya había abierto su puerta, musitó:

—Si duermo, despiértame, ¿sí?

—¿Tú qué crees, linda?

Entró y cerró la puerta. Atravesé el rellano y abrí la de mi propio apartamento, preguntándome cuánto tiempo tardarían ellos en subir.

Entré y cerré, mientras tanteaba la pared en busca de la llave de la luz.

Entonces sonó el extraño sonido y algo muy duro restalló junto a mi cabeza. Esquirlas del muro me salpicaron dolorosamente el rostro.

Me arrojé de cabeza hacia adelante mientras el arma silenciosa disparaba una y otra vez. Los proyectiles aullaron al rebotar en las paredes, mientras yo rodaba desesperadamente de un lado a otro.

Escuché una exclamación de disgusto. Una bala pegó ante mi cara justo cuando llegaba al diván.

El tipo, en la oscuridad, maldecía en voz baja por su estupidez al precipitarse al disparar la primera vez.

Pero seguía mandándome sus balas dispuesto a terminar el trabajo.

Busqué sobre la mesilla. Había un cenicero de cristal macizo y pesado. Yo no sabía exactamente dónde estaba el asesino, pero arrojé el cenicero contra el ventanal de la salita.

Hubo un estallido de cristales rotos precipitándose a la calle. El fulano dejó de disparar.

En la acera alguien gritó mi nombre.

El asesino había cesado de disparar y reinó un extraño silencio. En la escalera se escucharon carreras y voces y luego un golpe en la puerta capaz de echarla abajo.

—¡Entren! —aullé—. ¡Hay un tipo armado aquí dentro!

Una bala chascó al astillar la puerta. Fuera, la voz de Simpson barbotó algo y luego calló.

Seguí agazapado tras el diván, tratando de captar los movimientos del hombre que quería mi pellejo.

No pude oír nada.

De repente, hubo un estrépito en la entrada y la puerta saltó de sus goznes y rebotó con un estampido como una bomba.

Simpson gritó:

—¡Connors! ¿Está ahí?

—¡Infiernos! ¿Dónde cree que puedo estar? Tenga cuidado... El encendió la luz sin pensarlo dos veces. Parpadeé.

Yo estaba solo en la salita.

Me levanté poco a poco. El federal refunfuñó:

—¿Qué demonios significa esto?

Corrí hacia la cocina. Detrás vino él y un poco más allá, con el rostro alterado y todavía con sangre en las comisuras de los labios, corrió

O'Mara.

—¡Allá va!

Le oímos cuando deslizaba el tramo final de la escalera de escape. Simpson saltó a la plataforma metálica, pero luego desistió.

—Demasiado tarde para echarle el guante —rezongó—. ¿Qué pasó, Connors?

—Estaba esperándome dentro cuando entré. Su pistola estaba equipada con un buen silenciador y si el tipo no llega a precipitarse un poco al disparar contra mí antes que encendiera la luz, a estas horas

O'Mara

estaría emborrachándose para celebrar mi funeral.

—No empiece otra vez —me advirtió Simpson.

Tracy apareció de pronto en la astillada puerta. En su manita brillaba el acero de una automática del «32», y ella parecía muy dispuesta a tirar del gatillo.

—¿Qué pasa aquí, Bert? —indagó.

Los dos tipos elegantes giraron como peonzas. No quedaron muy satisfechos al ver la pistola.

Yo dije:

—Guarda la artillería, corazón. No son ellos quienes organizaron el lío esta vez.

—¿Estás seguro que puedes manejar esto tú solo, cabezota?

—¿Tú qué crees? —Reí.

Les dedicó un vistazo cargado de malos augurios. Luego asintió.

—Sí —runruneó—. Creo que sí puedes.

Retrocedió, regresando a su apartamento. Una chica muy lista.

Simpson barbotó un juramento. En el rellano empezaban a concentrarse los curiosos vecinos.

O'Mara

dijo con voz nasal:

—Maldito si me gusta esto... Voy a echarlos de aquí. Y salió, con lo que eso salimos ganando.

—Bueno, Simpson —exclamé—. ¿Qué sigue ahora?

—No estoy muy seguro... Esto no me gusta. ¿Quién tiene interés en despacharlo?

—Maldito si lo sé.

—¿Anda metido en líos?

—El único lío en que estoy metido es el que representan ustedes dos.

—No puedo creerlo. Nadie intenta liquidar a un tipo sin una buena razón.

—Hace años que dejé atrás la violencia y los episodios de este tipo. Si Pell les habló de mí ya deben saberlo.

—Mire, aquí había un tipo dispuesto a liquidarlo. Esto es real y todo lo demás son cuentos. ¿Por qué?

—Regístreme.

—No creo que a Pell le guste esto.

—Menos me gusta a mí.

—No se mueva de aquí.

Se acercó a la puerta y la enderezó, saliendo y dejándola más o menos en su lugar. Preparé un *whisky*, me tumbé en el diván y encendí un cigarrillo.

Había terminado el licor y el segundo cigarrillo cuando alguien apartó la puerta y Simpson entró mirando cautelosamente en todas direcciones.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Que yo sepa, nadie ha colocado ninguna bomba bajo el asiento.

—Usted y sus malditos, chistes... Pase, señor. Se hizo a un lado y entró el gran hombre.

Joseph Pell se deslizó dentro como si temiera hacer el menor ruido.

No había cambiado mucho. Tal vez su cabello era más gris y sus ojos más despiadados, si es que eso era posible. Por lo demás, tenía el mismo aspecto impecable, casi tímido, que yo recordaba tan bien.

Me enderecé poco a poco. El avanzó, deteniéndose a dos pasos de mí.

—Hola, Connors —murmuró.

—Nunca imaginé que se dignara pisar mi cueva, hombre importante.

—Mire, dejemos los sentimientos personales aparte, Connors.

—Eso va a ser difícil. ¿Sabe usted que he planeado docenas de veces su asesinato?

—Estoy seguro. Me asombró que un hombre como usted no lo intentase nunca.

—De modo que...

—Sé lo que siente. Le hice pedazos moralmente y si tuviera que vivir aquello otra vez le haría pedazos de nuevo sin titubear. Pero eso no quiere decir que me gustase hacerlo. En absoluto.

Encendí otro cigarrillo.

—En cierta forma, Pell, me hizo un favor. En mis tiempos el trabajo era algo rudo, y cuando digo rudo usted sabe lo que quiero decir. Algo para hombres. Pero le odiaría todavía más si me hubiese convertido usted en uno de esos figurines que utilizan ahora... como esos dos que mandó en mi busca.

Hizo una mueca de disgusto.

—Todo ha cambiado mucho en estos últimos años —dijo.

Hizo una señal. Simpson volvió a colocar la puerta de modo que tapara lo más posible el hueco. Fuera se quedó el otro, encargándose de que nadie pudiera acercarse lo bastante para escuchar.

Después, el federal buscó una silla, la acercó a la pared y tomó asiento desentendiéndose de todo lo demás.

Yo dije:

—Bien, suéltelo y terminemos. ¿Qué pasa?

Pell buscó una silla que le ofreciera garantías. La acercó al diván y tomó asiento cuidadosamente.

—Connors —murmuró—. Le necesito.

—Esto es grande.

—Ríase si quiere, pero ésa es la verdad.

—De modo que después que me hizo pedazos, que gracias a usted me echaron a puntapiés, ahora viene aquí y dice que me necesita... Bueno, pues yo maldito si le necesito a usted. Voy a darme el gustazo de mandarlo al infierno sin billete de vuelta.

—Hágalo, pero después de escucharme.

—Eso no me cuesta un centavo, de modo que cuanto más hable más me divertiré al final.

Simpson, desde su retiro, gruñó algo entre dientes, pero no intervino.

Pell pareció reflexionar un poco. El sabía que pisaba un cristal muy delgado que podía quebrarse en cualquier momento. Ambos lo sabíamos, de modo que decidió andarse con tiento.

—¿Sabe usted quién es Alexis Smirnoff?

—Los periódicos hablan de él alguna que otra vez. Es el embajador soviético ante la ONU, especialmente designado para tratar del problema de Oriente Medio.

—Justamente. Al mismo tiempo, es un enemigo encarnizado de Estados Unidos. No duda en sabotear cuantas iniciativas presentamos nosotros y...

—Un momento. Todas nuestras iniciativas están encaminadas a hundir a los países árabes en favor de Israel. No tenemos por qué andarnos con rodeos usted y yo, de modo que si ese Smirnoff las torpedea me parece lógico y natural. Y si es de esto de lo que quiere hablar ya puede levantar sus posaderas de esta silla y largarse. El asunto de Oriente Medio apesta por los cuatro costados.

No se movió. Sólo se mantuvo callado unos instantes más, reflexionando. Después dijo:

—Usted tiene ideas preconcebidas al respecto, Connors.

—En absoluto. Pero tengo la mala costumbre de pensar por mi cuenta, de modo que toda la campaña desplegada por los periódicos y agencias de noticias controlados por los judíos no me hacen mella. Afortunadamente, le repito que todavía puedo pensar por mi cuenta.

Suspiró.

—Está bien, usted tiene sus ideas y yo tengo las mías, pero ése no es el problema. Hemos recibido un informe digno de todo crédito en el que se nos dice que alguien va a asesinar a Smirnoff en nuestra ciudad.

—¿Y viene a contármelo a mí? Ignoró mi comentario y prosiguió:

—Desgraciadamente, es usted el único hombre en nuestro país que puede evitar el asesinato, Connors. Ahí reside el nudo del problema.

Aquello tuvo la virtud de dejarme mudo unos instantes.

—Veamos si he comprendido bien —dije al fin—. ¿Quiere decir que usted y su maldito departamento están sufriendo ante la posibilidad de que alguien les libre de la espina que es Smirnoff?

—Ni más ni menos.

—No le creo. Ustedes se mueven bajo órdenes directas de Washington. Y en Washington bailan al son que les tocan las todopoderosas organizaciones sionistas, de modo que si alguien les librara de ese implacable enemigo ruso, todas las campanas tocarían a fiesta.

—No es tan sencillo. De algún modo tienen planeado hacerlo de manera que el asesinato nos caiga sobre la cabeza como una tonelada de ladrillos. Su idea es hacernos responsables de la muerte de Smirnoff. Orquestrarán una campaña mundial en la que el asesino será uno de nosotros. Ahí reside toda la diabólica astucia del plan.

—Está usted rematadamente loco. Los rusos no matarían a su representante jamás porque es el mejor y más duro que han tenido nunca. Ni siquiera para cargar a los Estados Unidos con su muerte.

—No me pida detalles porque los ignoro. Tampoco sabemos quién ha organizado esta fiesta. Sólo tenemos la absoluta certeza de que van a hacerlo.

—No los rusos. Son endiabladamente listos y esto es una estupidez.

—Incluso los más listos cometen errores, Connors. —De cualquier modo, eso a mí no me concierne. Lamentaré que maten a ese tipo porque es el único que tiene agallas suficientes para parar los pies a los politicastros que viven del sionismo, pero eso es todo en lo que a mí respecta.

Sacudió la cabeza con pesar.

—Le repito que no es tan fácil, Connors. ¿No quiere entenderlo? Si tienen éxito, nos hundirán en el descrédito internacionalmente. Incluso es posible que se desencadene una nueva guerra en Oriente Medio. Debemos evitarlo.

Me eché a reír.

—¡El descrédito! —exclamé—. ¿En qué me hundió usted a mí cuando le convino para una de sus retorcidas misiones?

—Eso es agua pasada.

—No para mí.

—Le he dicho antes que sólo usted puede evitar una catástrofe...

—Aunque pudiera hacerlo no movería un dedo para ayudarle, Pell, y usted debería saberlo.

—No le pido que me ayude a mí, sino que localice al cerebro de esta operación, al hombre que va a llevarla a cabo.

—¡Maldita sea! ¿Por qué yo? Eso es lo que quiero saber.

—Porque usted, Connors, es el único hombre en todo nuestro país que conoce personalmente a ese individuo.

—¿Qué individuo, hombre?

—Anton Ivanov Chislenko. Casi salté fuera del diván.

—¿Chislenko está aquí?

—Todavía no. Por lo menos, no creemos que haya llegado aún. Pero él es el cerebro gris que dirige este asunto.

—Más despacio. Alguien debe haberse vuelto loco y no creo que sea yo. Chislenko es uno de los más valiosos «ejecutivos» del *Ministerstvo Vnutrennih Del*, la estrella del MVD, salvaje e implacable. Y hemos quedado que a los rusos no les interesa que Smirnoff muera. ¿Cómo explica usted eso?

—El que no les interese matar a Smirnoff es sólo una opinión suya, Connors. Lo cierto e indiscutible es que Anton Ivanov Chislenko está en camino.

Algo se agitó dentro de mí, algo como una corriente de hielo que culebreó por todos mis miembros igual que un largo escalofrío.

Apenas sin darme cuenta murmuré:

—Sería una proeza digna de ese demonio...

—Usted lo sabe mejor que nadie.

—Lo sé, conozco perfectamente a Chislenko. No obstante, sigo diciéndole lo mismo; no quiero intervenir en esto. Allá usted con sus problemas, Pell. Tiene gente adiestrada para sus trabajos sucios. Haga que sus elegantes embajadores se ensucien las manos si quiere, pero déjeme en paz. Y si no tienen agallas para enfrentarse a gentes como el ruso, búsquese otros, pero no cuente conmigo.

—Lo malo para usted es que cuento con su colaboración,

Connors —afirmó, y su voz había cambiado de mala manera—. No ignora las dificultades de todo tipo en que se verá envuelto si me lo propongo...

Me levanté muy despacio. En cierto modo eso era lo que había esperado oír, conociendo a Pell.

De modo que le solté:

—Es usted un hijo de perra del tamaño de un rascacielos, Pell. Maneja un departamento secreto en el que una vez trabajé de modo muy especial, pero si trata de amenazarme voy a...

—Tonterías. Usted hará lo que yo le mande o se atenderá a las consecuencias.

Bueno, era inevitable. Había odiado a aquel hombre durante años. Le había maldecido en mis noches de insomnio, y había ansiado retorcerle el cuello un millón de veces.

Le descargué un trallazo en el que puse toda la dinamita que pude acumular en el puño. Le cacé en un lado de la cabeza y eso fue suficiente para que él saliera volando en compañía de la silla. Los dos se estrellaron contra la pared y tanto Pell como la silla quedaron perfectamente inmóviles.

Simpson pegó un brinco y vino hacia mí echando chispas por los ojos. Un revólver del «38» apareció en su mano y me estuve muy quieto al verlo.

—¡Maldito sea usted! —barbotó—. ¡Esta vez se pasó de rosca!

—Espere a que recobre el sentido y luego hable.

—¡Voy a machacarle, Connors! Se lo buscó desde el principio. Pell gimió débilmente.

—Mejor será que se ocupe de su jefe. Cuando despierte va a tener un dolor de cabeza tremendo.

Titubeó, blandiendo el revólver. Me recosté en el diván y encendí un cigarrillo.

Tras unos instantes, Simpson retrocedió y durante los minutos siguientes estuvo muy ocupado sosteniendo a Pell hasta dejarlo sentado en otra silla.

Esperé. Pell boqueó un par de veces, sin encontrar voz suficiente para insultarme.

Luego, cuando pudo hablar, sólo dijo:

—Espero que ahora se sienta usted mejor...

—Sólo me sentiré perfectamente bien cuando le haya retorcido

el cuello. Se acarició el cráneo amorosamente. Debía dolerle como el infierno.

—A pesar de todo, Connors, va usted a hacer lo que yo le diga.

—¿Buscar a Chislenko?

—Ni más ni menos.

—¿Y cuando lo encuentre?

—Sólo mátelo. Era así de sencillo.

CAPÍTULO III

Simpson volvía a ocupar su silla con el respaldo apoyado en la pared. Pell continuaba acariciándose la cabeza.

Y yo dije:

—Lo haré, si puedo. Pero no a causa de su apuro o sus amenazas, sino porque hay una vieja cuenta entre Chislenko y yo, una cuenta que creí no poder cobrar jamás.

—No me importan sus motivos. Sólo haga lo que le diga y todo irá bien.

—Deme detalles.

—Sabemos que salió de Rusia hace tres semanas. Desapareció. Pero nuestros informes indican que se dirige hacia aquí, y que Smirnoff será sacrificado para montar ese tinglado colosal en que nos desacreditarán ante el mundo. Y no nos interesa, Connors. Mucho menos ahora, que casi es seguro que van a iniciarse conversaciones para resolver el problema de Oriente Medio.

—¿A qué llama usted resolverlo, Pell, a arrebatarles más tierras a los árabes?

—¡Al diablo con eso! No me meto en política.

—Pero apuesto a que su departamento recomienda el envío de masivas flotas de aviones de combate a Israel, ¿eh?

Sacudió la cabeza con cuidado.

—Eso no entra en nuestro problema. Chislenko está a punto de llegar, y ellos tienen un chivo expiatorio que será quien resulte ser el asesino al final. Alguien que les permitirá organizar su campaña de descrédito.

—¿Se sabe quién será ese elegido?

—No.

—¿Tampoco le han dicho sus esbirros por dónde se supone que el ruso entrará en el país?

—Puede hacerlo por donde se le antoje. Nadie excepto usted le

ha visto nunca, ni lo tenemos fichado ni existen modos de identificarlo... si no es por medio de usted.

—Es una papeleta estupenda. ¿Ha pensado en las dificultades?

—Enormes, lo sé.

—Otra cosa, Pell. Aparte de mí a sus esbirros. Si he de hacer el trabajo lo haré a mi modo, sin estorbos. Especialmente, aleje a los tipos como ese energúmeno de ahí fuera.

¿Está claro?

—Diáfano. ¿Qué más?

—Le pediré lo que necesite sobre la marcha.

—¿Armas?

—Guardo mí «45». Una «Magnum» como la mía debe bastar.

—¿Dinero?

—Voy a sacarle a usted tanto, como pueda. Antes trabajé por deber, o patriotismo y todas esas zarandajas. Ahora soy un mercenario.

—Tendrá dinero.

—Ahora. Suspiró.

—Supuse que trataría usted de sangrarme...

Sacó un fajo impresionante de billetes, separó la mitad, y luego contó cuidadosamente el dinero.

—Dos mil quinientos dólares —dijo—. Otros tantos cuando los necesite.

—Con eso no tengo ni para empezar a moverme.

—Pídamelo cuando le haga falta —repitió. Me embolsé el fajo y él guardó el resto.

Entonces dijo:

—Pasemos al asunto de ese atentado... ¿En qué clase de embrollos está metido? Sea lo que fuere, debe mantenerse al margen de líos particulares hasta que haya acabado con Chislenko. Después, podrá hacerse matar cuando quiera.

—Le he dicho antes a sus esbirros que no sé quién pudo organizar ese asalto. Estoy tan a oscuras como usted.

No pareció muy convencido, pero lo dio por bueno a falta de algo mejor. Simpson gruñó:

—Recuerde el asunto del coche, señor.

—Es cierto —bufó Pell—. Le hemos preparado un auto para ese trabajo. El suyo no le serviría de mucho en caso de una

persecución... Además, el nuestro está equipado con un pequeño «Chivato». Tiene un radio de alcance de veinticinco millas, de manera que en cualquier caso podremos saber dónde está usted.

—Ya veo..., pero no puedo dejar el mío abajo. Llamaría la atención.

—

O'Mara

se lo llevará a un garaje. Simpson es mi escolta, ¿sabe usted? Se levantó. Sus dedos acariciaron otra vez su cabeza, pero logró sonreír.

—Sigue usted pegando endiabladamente duro, Connors. Eso me tranquiliza porque indica que no está tan desentrenado como cabría suponer.

—Si ha terminado, lárguese y déjeme terminar la noche en paz.

—Antes debo decirle que hay decenas de hombres tratando de averiguar dónde desembarca su amigo ruso. Cualquier pista se la facilitaré.

—Muy bien.

Se dirigieron a la puerta. Simpson apartó los restos de madera y se hizo a un lado. Pell gruñó:

—Dele las llaves de su coche a

O'Mara.

Se lo llevará esta misma noche.

O'Mara

me miró de un modo muy raro. No cabía duda que yo no le gustaba. Le entregué las llaves de mi fiel «Cadillac» y se largó.

Pell, pensativo, murmuró:

—Tenga mucho cuidado. Tienen gente infiltrada en todas partes, incluso en los estratos donde uno nunca creería que podían meter la nariz. De ahora en adelante trabajará usted solo.

—Sí, lo sé... Buena suerte.

Se dirigieron a las escaleras. Yo regresé a mi apartamento pensando en el escándalo que armaría el administrador cuando viera los destrozos de la puerta.

Me serví un buen trago. Estaba empezando a saborearlo cuando la calle pareció convertirse en un volcán.

Hubo un estallido que hizo saltar los cristales que quedaban en las ventanas. Una roja llamarada iluminó las fachadas de los

edificios, mientras el eco de la ensordecedora explosión crecía y se multiplicaba más y más.

Me precipité al roto ventanal y miré hacia abajo.

Un coche, o lo que una vez fuera un coche, ardía crepitando. No, era más que un montón de chatarra retorcida. Mi pobre «Caddy» había encontrado al fin un retiro con el que no pudo contar.

Los autos cercanos ofrecían un lastimoso aspecto porque habían recibido el impacto de los fragmentos de metal.

De todas partes salía gente, pero pude descubrir a Pell escurriéndose discretamente, siempre escoltado por su perro de presa. Nunca le había gustado la excesiva publicidad.

Pensé que a

O'Mara

ya no podría volver a sacudirle nunca más. Los pedazos de él que fueran hallados entre los pedazos del coche no serían precisamente agradables de ver.

Bueno, me sorprendió no experimentar ningún pesar por la muerte del hombre de la CIA, ni siquiera contando con que había muerto en mi lugar.

Porque no cabía duda que la bomba en mi auto iba destinada a convertirme a mí en pedazos.

Era chocante que después de haberle sacudido tan duramente, el propio

O'Mara

me hubiese salvado la vida...

De pronto, Tracy llegó corriendo. Venía envuelta en una especie de suave mosquitera negra que revoloteaba a su alrededor como una nube de tormenta.

—¿Qué pasó, Bert? —preguntó. Primero la encerré entre mis brazos.

Después, busqué su boca y la encontré dispuesta a recibir otra clase de explicaciones.

De modo que cuando al fin pude contarle lo que había sucedido en la calle había transcurrido tanto tiempo que casi lo tenía olvidado.

Palideció al escucharme.

—Pero... querían matarte a ti... Esa bomba en tu coche no deja lugar a dudas.

—Ni el tipo que me aguardaba aquí dentro cuando llegué, tampoco. Lo que no comprendo es la razón de que quieran liquidarme.

—Debe tratarse de esa gente, Bert...

—¿Qué gente?

—¿Quiénes van a ser? Los que nos han estropeado la noche.

—Nones. Ésos me necesitan tanto como el aire que respiran.

—Bueno, quiero decir que alguien quiere matarte precisamente porque esos individuos te necesitan.

—Ahora quizá has puesto el dedo en la llaga, pera si eso fuera cierto implicaría unas consecuencias terribles.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes? Nadie sabe que estoy en tratos con ellos. Sólo los que han estado aquí. Y si la noticia se ha difundido quiere decir que hay una filtración justamente en uno de los organismos más secretos de la nación.

—Entiendo. ¿Qué es lo que querían de ti? La aparté suavemente.

—Que mate a un hombre —dije en un murmullo.

Contuvo el aliento y se estremeció.

—¡Bert!

Fui a sentarme al diván y ella se instaló a mi lado, estremecida todavía.

—Tracy... tú conoces mi pasado. Sabes lo que fui, ¿no es cierto?

—Sí, una especie de agente secreto. Pero eso quedó atrás..., te expulsaron por algo que sucedió en Berlín.

—Justamente. Armé un lío internacional al darles a los rusos unos cuantos coscorriones del mismo modo que ellos nos estaban dando a nosotros. Me expulsaron y no lo lamenté. Pero quedó un ruso que fue quien en cierto modo organizó aquella matanza... Un tipo llamado Anton Ivanov Chislenko. Hizo matar a muchos compañeros míos y nadie levantó un dedo por ellos... excepto yo. No me mató a mí porque fui más listo. Y ahora, ese hombre viene hacia aquí.

—Oh...

—La misión que trae es de una importancia incalculable, pequeña mía.

—¿Y tú...?

—Voy a tratar de descubrirlo antes que descargue su golpe.

Me miró recto a los ojos pero no despegó los labios. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Muy bien, nena, sabía que lo comprenderías sin alborotar.

Asintió con un gesto. La estreché contra mí y nos besamos una vez más. Un beso interminable, una caricia que lo significaba todo para nosotros.

Entonces el teléfono escandalizó y el encanto se hizo añicos.

—¡Hable! —grité por el auricular.

—Aquí Pell, Connors.

—Hola.

—Sólo quiero advertirle una vez más que viva prevenido. Ya ha visto lo sucedido con su coche.

—Y con

O'Mara.

—Sí, cuando hemos salido no quedaba mucho de él... ¿Le ha molestado la policía?

—Todavía no. Subirán tan pronto averigüen a quién pertenecía el «Cadillac».

—Trataré de evitar que le interroguen. ¿Todavía no se le ocurre quién está tratando de matarle?

—Chislenko.

—¡Eso es absurdo! El ni siquiera está en el país.

—No necesita estar aquí para mover los peones de este juego. Tiene fieles colaboradores en cualquier país. Traidores y cobardes, idealistas y fanáticos. Usted lo sabe tan bien como yo. Y si es así, vaya preocupándose, Pell, porque eso significaría que hay una oveja negra en su propio departamento.

—Ya pensé en eso, pero no puedo creerlo.

—La confianza es la mejor aliada de la muerte en este trabajo. Buenas noches, pajarraco.

—¡Oiga!

—Le oiré en otra ocasión. Ahora tengo un trabajo importante. Colgué.

Era cierto lo del trabajo importante.

—Vamos a tu apartamento, primor —dije—. Éste, con la puerta hecha pedazos, no nos ofrecería muchas garantías de discreción.

De modo que nos largamos de allí. Todavía quedaba noche por delante y yo no quería desperdiciarla.

Ni ella tampoco, dicho sea de paso.

CAPÍTULO IV

Conduje durante más de dos horas el gran coche, sólo para familiarizarme con él. Crucé el túnel y me interné por Jersey, aceleré y comprobé que el motor había sido trucado de modo que el trasto podía convertirse en un coche de carreras si uno se lo proponía y pisaba a fondo el acelerador.

Era un buen carromato sin duda alguna.

Al tiempo que devoraba millas aproveché también para reflexionar a fondo sobre aquel problema. No cabía duda que si intervenía Chislenko la cosa era de una importancia excepcional.

El ruso jamás movía un dedo más que en asuntos de colosal importancia. No creo que ni siquiera sus jefes se fiaran de él porque era escurridizo como una serpiente, retorcido y cruel hasta el sadismo.

Pero era su mejor elemento.

Y ahora estaba en camino de Nueva York, si es que no había llegado ya. Emprendí el regreso sin dejar de darle vueltas al asunto.

También me daba cuenta del apuro de Pell. Si el complot tenía éxito y Smirnoff era asesinado, el Gobierno le cargaría a él la responsabilidad. Debía haberse dado a todos los diablos al verse obligado a recurrir a mí, y eso en parte me satisfacía.

Me propuse sacarle tanto dinero que hasta un tipo como él tuviera dificultades para justificar aquel despilfarro.

Entre unas cosas y otras llegué al apartamento a media tarde. Justamente entonces los carpinteros terminaban de arreglar la puerta bajo la mirada vigilante del administrador. Habían cambiado la cerradura y él me entregó las dos llaves nuevas.

—Le cargaremos la factura en el recibo del próximo trimestre, míster Connors —me advirtió al despedirse.

Se largó y yo cerré la puerta por dentro.

Acababa de prepararme un trago cuando el teléfono repiqueteó

y al descolgarlo oí la voz alterada de Pell.

—¿Connors? Le he llamado un millón de veces...

—Está bien, ya me encontró. ¿Qué le pasa ahora?

—Quiero verle inmediatamente.

—¿Ha tenido nuevos informes de nuestro amigo?

—Eso es sólo una parte, pero hay algo que debe usted saber.

—Muy bien, ¿dónde nos encontramos?

—Voy a darle las señas de un piso que servirá para todos nuestros contactos. No tarde.

—Adelánteme algo por lo menos.

—No por teléfono. Sólo le diré que sabemos cuándo llegará nuestro hombre y por dónde. Pero eso no es lo importante, maldita sea. Venga aquí.

—Bueno, salgo ahora mismo —dije, tras anotar la dirección.

Colgué, perplejo. Pell estaba excitado, de eso no cabía duda, y lo que quería decirme debía ser lo bastante importante para él como para dejar en mantillas la noticia de la llegada de Chislenko.

De modo que regresé al coche, un «Buick» gris perla último modelo, y emprendí el camino.

Era un edificio nuevo y de discreta apariencia. Había tardado menos de media hora en llegar y pensé que Pell podría sentirse contento, aunque maldito si me importaba su satisfacción.

Había cuatro puertas en cada rellano. Me detuve ante la señalada por una D mayúscula de cobre, en la segunda planta y llamé con los nudillos. Luego descubrí el diminuto pulsador del timbre y lo accioné. Sonó un carillón armonioso en alguna parte.

Eso fue todo lo que sucedió, porque nadie acudió a abrir.

Repetí la llamada sin obtener mejor resultado tampoco. La cosa no me gustó porque Pell debía haber estado allí esperándome con impaciencia.

Examiné la cerradura. Estaba intacta y era de un modelo moderno y muy difícil de forzar. Estaba considerando la posibilidad de echar la puerta abajo cuando el ascensor se detuvo en el rellano.

Me volví. Simpson apareció saliendo del aparato seguido por otro individuo alto y desgarrado, de rostro pálido y ojos hundidos. Se detuvieron al verme delante de aquella puerta.

Simpson envió el aparato de regreso y entonces preguntó:

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí, Connors?

—Pell me telefoneó. Quería verme en el acto, pero ahora resulta que no está aquí.

—¿Le dio él esta dirección?

—Seguro. ¿Cómo cree que la encontré?

—Yo tengo una llave. Nosotros también estamos citados con él, de modo que le esperaremos dentro.

Abrió la puerta y entramos.

En realidad, Pell sí nos estaba esperando. Pero muerto.

Simpson ahogó una sarta de maldiciones. Su acompañante no dijo nada, pero me miró de manera muy rara.

—Dos balazos —anunció el federal después de examinarlo—. No hace ni quince minutos que murió.

—¿Quién más tiene llave de este apartamento?

La voz del desconocido era seca y autoritaria, como la de alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

Simpson gruñó:

—Sólo yo.

—Entonces, el propio Pell debe haber abierto la puerta al asesino porque la cerradura no ha sido forzada —intervine.

—Usted le odiaba según mis noticias —comentó el desconocido.

—Seguro que le odiaba. Y a todo esto, ¿quién es usted y qué pinta en este lío? Simpson dijo suavemente:

—Creo que deben ustedes conocerse, Connors...

—Mi nombre es Lewis Kroke, de la CIA. ¿Satisface eso su curiosidad?

—Ya veo. Tuve dificultades con el otro tipo listo de la CIA.

—Lo sé.

O'Mara

se mostró muy descuidado con usted.

Le miré sin pizca de simpatía. El me pagó con la misma moneda y así quedamos en paz. Simpson rompió la tensión.

—¿Qué le dijo Pell por teléfono, Connors?

—Estaba excitado. Sabía cuándo y dónde aparecería nuestro amigo ruso, pero me aseguró que eso no era lo importante, sino otra cosa que no podía revelarme por teléfono.

Simpson no pareció muy satisfecho.

—Sí —gruñó—. Nuestros agentes del otro lado del telón hicieron un buen trabajo. Chislenko llegará a Nueva York por tren...

procedente de San Francisco.

—En barco, casi con toda seguridad —intervino el tipo de la CIA.

—¿Por qué vino aquí directamente?

—Eso podrá preguntárselo a él cuando lo identifique.

—Alguien le dijo a usted que era gracioso y se lo creyó —refunfuñó de mal talante—. Otra cosa que quiero saber, Kroke... ¿Qué pito toca la CIA aquí?

—Estamos colaborando en este trabajo. Creí que Pell se lo había dicho.

—No me lo dijo. Y no me gusta.

—¿Y a quién le importa lo que a usted le guste o no? —rió sin pizca de humor.

—Debería importarles a todos ustedes si quieren que haga este trabajo. Todavía estoy a tiempo de mandarlos al infierno. ¿Está esto claro?

Se disponía a replicar cuando Simpson gruñó:

—Sigan peleándose ustedes mientras Pell se enfría. Eso nos ayudará mucho.

—Bueno, me gustaría saber quién llevará el mando de esta operación ahora —dije.

—Por nuestra parte, no lo sé. Por parte de la CIA el señor Kroke está al cargo de este asunto.

—Ya.

—De todos modos lo consultaré a Washington.

—Ocupémonos de Pell —dije, fastidiado—. ¿Quién revisa sus bolsillos? Lo hizo Simpson. No llevaba nada, ni siquiera sus documentos personales.

—Le birlaron el paquete de billetes también —comenté—. Un buen negocio para el tipo que lo despachó.

—Eso debe dolerle a usted mucho —refunfuñó Kroke.

—No lo sabe usted bien. Quiero mucho dinero para jugarme el pescuezo, amigo.

—Ya sabía que era usted un tipo muy listo, Connors.

—No lo sería si trabajara en esto sólo por amor a la política del país.

—Se da la circunstancia de que es su país también. ¿Lo olvidó? Encendí un cigarrillo mientras Simpson se encaminaba al teléfono.

—Mire, no me salga con ese cuento —le espeté sin rodeos—. No

estamos tratando de cazar al ruso sólo por amor al país. Ustedes, y sus bien amaestrados políticos, necesitan salvar el escollo que representa Smirnoff. Si le liquidan todos ustedes, y los judíos, echarán las campanas al vuelo... siempre que puedan cargar el asesinato sobre la cabeza de alguien. Y ahora que se me ocurre, estarían ustedes encantados con que ese alguien fuera un árabe, ¿eh?

Frunció el ceño, pero se abstuvo de replicar. Fumé en silencio, escuchando la voz neutra de Simpson dando cuenta de lo ocurrido a un individuo misterioso cuyo nombre no pronunció ni una sola vez.

Cuando colgó nos miró, preocupado.

—Van a venir y se harán cargo de esto. Habrá que poner al corriente a la policía, pero confío en mantenerlos al margen para evitar interferencias.

—Bueno, ¿quién cree usted que lo hizo?

—Ésa es una estupenda pregunta, Connors —refunfuñó.

—Lo que yo quiero es una estupenda respuesta.

—De momento se quedará sin ella. Su trabajo se limita a identificar al ruso tan pronto llegue esta noche.

—De modo que ustedes piensan instalarme en la Grand Central y esperar allí a que el tren de San Francisco llegue sin más, ¿eh?

—Seguro. El viaja en el tren.

—Anton Ivanov no es ningún imbécil. Nunca lo cazaremos por ese sistema.

—¿Por qué no? —Gruñó el hombre de la CIA.

Me encogí de hombros. Si no querían entenderlo allá ellos.

Di un vistazo por el apartamento. Todo estaba en orden, sin trazas de que nadie viviera allí regularmente.

Cuando regresé a la sala, Simpson estaba escanciando *whisky* en tres vasos y me ofreció uno. Bebimos sin pronunciar palabra.

Después, Kroke refunfuñó:

—Me gustaría mucho saber dónde planean matar a Smirnoff... Eso nos ayudaría.

—No esperará que se lo digan por adelantado. Los rusos no trabajan así —refunfuñó Simpson.

—No creo que los rusos quieran despachar a Smirnoff —dije. Kroke dio un salto y me miró como si me viera por primera vez.

—¿De qué está hablando?

—Mire, no quiero discutir. Se lo dije a Pell y me tomó por loco. Pero daría cualquier cosa por tener una parrafada con Smirnoff... en privado.

No obtuve respuesta y yo callé.

Esperé hasta que llegaron los compañeros de Simpson. Luego, tras despedirme, me largué apresuradamente mientras Kroke me repetía una y otra vez la hora en que yo debería estar en la estación, donde él concentraría a un regimiento de secuaces para echarme una mano si yo tenía dificultades.

Bueno, le dejé que siguiera soñando.

Conduje hacia la Grand Central, busqué un hueco donde dejar el coche abandonado y me encaminé a la oficina de información.

Diez minutos después sabía que el tren procedente de San Francisco llegaría a las diez y cuarenta minutos de la noche, y que la última parada que realizaría antes de Nueva York sería en Richmond Falls. Luego, ya no detendría su marcha hasta la estación de la calle Ciento Veinte.

Así que averigüé que había un tren que paraba en Richmond Falls y aguardaba allí la llegada del especial de San Francisco, y que tenía tiempo de tomarlo. Era cuanto necesitaba.

Quince minutos más tarde viajaba por el túnel rumbo a la salida de Manhattan y luego las tierras de Jersey, en busca de un individuo que si me descubría antes que yo le identificara a él me mataría sin titubear.

Todo un panorama.

Imaginé el alboroto que armaría Kroke cuando viera que no acudía a su cita en la Grand Central Station. Pero yo no había creído ni por un momento que Chislenko llegara a la terminal. Por lo menos yo en su lugar hubiera obrado de un modo muy distinto, y él y yo podíamos considerarnos lobos de la misma camada en ese aspecto.

Cuando mi tren se detuvo al fin en Richmond Falls, faltaban exactamente treinta y dos minutos para la llegada del que traía al ruso amorosamente a mis brazos.

Aunque eso suena a retórico, fue casi literalmente lo que sucedió en realidad.

CAPÍTULO V

Uno de los mozos del tren asintió a mis preguntas y al billete de diez dólares que escamoteó límpidamente de mi mano.

—Sólo hay un caballero que ocupe él sólo todo un compartimento, señor —dijo—. No ha salido ni siquiera para comer. Le hemos servido allí cada vez.

—¿Viaja solo?

—Sí, señor.

—Muéstreme ese compartimento, aunque no lo señale ni haga nada sospechoso.

—Está bien.

Atravesamos casi todo el convoy, hasta el tercer coche de cola. El mozo señaló una puerta cerrada y luego se escabulló.

Chislenko, si es que era él, aguardaba algo sin la menor duda. Yo seguía convencido que no habiéndose apeado en Richmond Falls, lo haría en la ciudad.

De modo que encendí un cigarrillo y permanecí en el pasillo, fumando y asomándome a una ventanilla panorámica de vez en cuando.

Desde mi lugar podía vigilar su puerta sin necesidad de volver la cabeza ni realizar ningún gesto sospechoso. De vez en cuando, algún viajero aburrido salía al pasillo, paseaba un poco, fumaba un cigarrillo y luego regresaba al asiento del compartimento, cuya puerta unas veces permanecía abierta y otras cerradas.

Pero la del misterioso viajero no se abrió una sola vez.

Entramos en el túnel bajo el río. Estábamos a punto de llegar y el tipo no daba señales de vida.

Claro que cabía la posibilidad de que no fuera Chislenko, en cuyo caso el maldito matarife conseguiría escabullirse con facilidad.

Pero yo pensaba que el ruso habría preferido permanecer aislado durante el viaje, sobre todo conociendo como él conocía lo

charlatanes que suelen ser los viajeros de nuestros ferrocarriles. Y él, aunque dominaba bien el inglés, estaba expuesto a cometer cualquier error idiomático que le descubriría.

El tren se detuvo en la Ciento Veinte y la puerta continuó cerrada.

Por primera vez consideré la posibilidad de que Kroke estuviera en lo cierto y que el ruso se dispusiera a abandonar el tren mezclándose entre el alud de viajeros que inundaría la estación terminal. No me gustó la perspectiva.

Luego, penetramos en el túnel bajo Manhattan. Sólo faltaban escasos minutos para el final de viaje.

Entonces se abrió la puerta y Chislenko apareció.

No necesité mirarle con detalle para estar seguro de no haberme equivocado. Era él sin la menor duda, a pesar de estar algo más gordo que la última vez que le viera. También su bien cortado traje contribuía a darle un aspecto distinto. Sólo su rostro continuaba siendo una carátula inexpresiva de ojos malignos y chispeantes.

Avanzó por el pasillo hacia donde yo permanecía pegado a la ventanilla. Mis dedos se cerraron en torno a la culata de la «Magnum», pero no me moví hasta que él hubo rebasado mi posición. Entonces me volví, le alcancé y le hundí el cañón en las costillas.

—¡Quieto, escorpión, o te mato sin más!

Se puso rígido. Llevaba una pequeña valija en la mano y le ordené que la soltara.

Obedeció y el objeto cayó al suelo. Retrocedí un paso, advirtiéndole:

—Si mueves las pestañas será el último movimiento de tu vida. Vamos a volver a tu compartimento y...

Nunca terminé. Algo terriblemente duro retumbó sobre mi nuca y me apagué como una vela.

Creí escuchar una voz excitada y otro autoritaria. Luego, oí un lejano y salvaje rechinar y creo que rodé de un lado a otro, pero no estoy muy seguro.

Tenía la sensación de que flotara en un lecho de nubes, blando y fofo en el que no había nada.

—Es una lástima que no le hayan volado la cabeza dijo una voz. Fue lo primero que oí cuando regresé a este mundo.

Y no resultó ningún consuelo para mí.

Me habían tendido sobre el asiento extendido de un compartimento del tren. Advertí que éste estaba detenido y reinaba un denso silencio alrededor.

Después descubrí a Simpson fumando cerca de una ventanilla abierta, y a Kroke plantado en la puerta. Un hombre estaba cerrando un maletín negro.

—Bueno, ¿qué sucedió? —conseguí articular al fin.

—Eso debería contarle usted —refunfuñó Kroke salvajemente—. Tuvo su gran idea y lo estropeó todo... El tipo se asustó, tiró de la alarma y se apeó en mitad del túnel.

—De modo que se asustó...

—¡Usted le puso sobre aviso, estúpido! —estalló él.

—Váyase al infierno, Kroke. El ruso se disponía a largarse cuando le intercepté. Su plan original era tal como yo lo calculé: aparse en mitad del túnel a fin de dar esquinazo a todo posible enemigo que le esperase en la estación.

Simpson arrojó el cigarrillo.

—Si usted le sorprendió, ¿cómo pudo él golpearle en la nuca?

—No sea usted idiota también. No fue él quien me tumbó. Fue otro.

—¿Qué otro?

—Le aseguro que me gustaría mucho saberlo. Ni siquiera lo vi y pensándolo bien, eso es propio de Chislenko... Moverse aparentemente solo, pero llevando una discreta escolta para los momentos de apuro.

—Así que según usted son dos, ¿eh? —rezongó el hombre de la CIA.

—Seguro que son dos. Simpson sacudió la cabeza.

—No comprendo cómo le dejó a usted vivo. Debe saber que sólo Bert Connors puede identificarle.

—Tenía demasiada prisa. Si desperdiciaban un minuto ya no podrían detener el tren antes del final.

El asintió, reflexionando sobre las implicaciones de este nuevo giro. Luego gruñó:

—Estamos peor que al principio, Connors.

—Lo sé.

—¿Tiene alguna idea?

—Todo lo que tengo es un dolor de cabeza monumental, pero ninguna idea.

—Pues sí que... Kroke masculló:

—De ahora en adelante déjenos las iniciativas a nosotros, Connors.

—Muérase.

—¿Qué?

—¡Muérase! Si interfieren en mi camino lo dejaré correr.

—Empiezo a pensar que eso sería lo mejor que podría suceder. Simpson se enderezó, fastidiado.

—Despídalo —dijo rechinando los dientes—. Y luego cuénteme su idea para identificar al ruso.

—No necesitamos identificarlo. Nos limitaremos a establecer una estrecha vigilancia en torno a Smirnoff y esperaremos. Una vigilancia tan completa que no pueda ni sonarse sin que nosotros lo sepamos.

—¿Y cuánto tiempo cree que podría usted mantener ese despliegue?

—Caray, todo el que fuera preciso.

—¿Meses quizá?

—No esperarán tanto.

—Ni los rusos de la embajada tampoco. Tanto si están al corriente de lo que se prepara contra Smirnoff como si no, pondrán el grito en el cielo tan pronto vean esa vigilancia en torno a uno de sus diplomáticos más importantes.

Kroke farfulló entre dientes, pero seguía aferrándose a su idea de darme el puntapié final.

—Estaría dispuesto a hablar con Smirnoff —gruñó—. Si pudiésemos advertirle todo sería más fácil.

—Trate de hacerlo y verá qué ocurre.

—Si eso es todo lo que ustedes son capaces de discurrir —intervine de mal talante—, por mi parte pueden seguir adelante perfectamente sin mí.

—Usted continuará por lo que a mí respecta —dijo Simpson.

—Dígaselo a la CIA.

—Lo comunicaré a alguien de más arriba. Tengo la esperanza de que usted localice a ese individuo antes que pueda descargar el golpe.

—Por lo menos, haré todo cuanto pueda... si no hay interferencias. Y eso va especialmente por usted, Kroke.

Bufó, lleno de despecho, pero no dijo una palabra.

Me incorporé. Oleadas de dolor descendieron de mi nuca al resto del cuerpo. Luego, el dolor amainó y pude poner los pies al suelo.

—¿Qué sabe del asesinato de Pell, Simpson?

—Nada en absoluto. Ni una pista, ni un indicio.

—¿Tampoco tiene idea de lo que quería decirme?

Sacudió la cabeza. Kroke farfulló:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso aquí. Tengo docenas de hombres rastreando la ciudad y vigilando los hoteles.

Le miré de mala manera.

—¿De veras cree usted que el ruso se alojará en un hotel?

—En alguna parte tiene que vivir y esconderse mientras esté aquí.

—Pero jamás en un hotel.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque sé cómo actuaría yo en una misión semejante. Y ambos somos iguales en lo tocante a profesionales. Chislenko debía tener un lugar preparado desde antes de salir de Rusia. Un sitio discreto y seguro desde el que organizará sus futuras operaciones.

—Ya veo...

—Y ahora, si no les importa, me gustaría salir de aquí. No se opusieron y nos largamos.

Yo ya tenía un motivo más para desear ajustarle las cuentas a mi amigo ruso.

CAPÍTULO VI

Johnny Coppola parecía un *gángster* de la vieja escuela. Y yo no estaba muy seguro de que no siguiera siéndolo a pesar de su reforma y su puntualidad en el pago de los impuestos.

Pero su apariencia ya no podía ser más idónea para intrigar a cierta clase de mujeres y a otra clase de policías.

Bebió su copa de coñac francés a mi cuenta y masculló:

—No estoy muy seguro de lo que pretendes realmente, muchacho.

—No es tan difícil. Quiero encontrar a ese tipo recién llegado. Tú puedes movilizar un regimiento de soplones y rateros capaces de meter la nariz en todas partes. Haz que se muevan para mí. Y a mi cuenta, por supuesto.

Titubeó visiblemente.

—¿Hasta cuánto puedo ofrecerles?

—Si obtienen resultados no hay límite.

—De manera que es así de importante, ¿eh?

—Todavía más.

—Muy bien, lo intentaré, pero ya sabes que hay pocas posibilidades. Si el tipo se hubiese alojado en cualquier hotel la cosa sería mucho más sencilla.

—No creo que esté en un hotel. No es ningún tonto.

—¿Para qué lo quieres, Bert?

—Digamos que para saldar una vieja deuda.

—Ya. No me digas más. No quiero saberlo. ¿Dónde te aviso si surge algo?

—Yo te llamaré regularmente. Advierte a tus soplones que se trata de un individuo muy peligroso, así que no traten de acercarse demasiado a él. Y diles también que, aparte de peligroso, es un degenerado. Eso quizá les indique los ambientes en que es probable que aparezca alguna vez.

Asintió y se fue. El mozo me trajo la cuenta. Sólo la idea de que aquél no era dinero mío me consoló de semejante despilfarro.

Durante el viaje de regreso al centro continué reflexionando a fondo sobre el conjunto, y cuanto más pensaba en ello menos me gustaba porque era algo que no tenía pies ni cabeza, se mirase por donde se mirase.

Conduje hacia el palacio de cristal conocido en el mundo entero. Brillantes reflectores lo iluminaban y millares de coches ocupaban el espacio destinado a aparcamiento.

Introduje el mío y luego penetré en el edificio de la ONU. Debido a la hora no había casi público, pero sí muchos periodistas y empleados apresurados cruzando de un lado a otro.

Me enteré que los representantes de Estados Unidos y Rusia estaban reunidos desde hacía horas, y que el Consejo deliberaba sobre el asunto de Oriente Medio.

Todo un panorama.

Decidí esperar, porque si había de tener una oportunidad de entrar en contacto con Smirnoff debía ser allí dentro. Fuera, jamás lo conseguiría sin armar un alboroto.

Tuve tiempo de consumir casi un paquete de cigarrillos. Entonces se produjo un estallido de actividad por parte de los periodistas. Hubo carreras a la caza de los teléfonos destinados a la Prensa y todo el mundo pareció súbitamente excitado.

Estuve observando todo aquello durante unos minutos, hasta que me cansé y, levantándome, cacé a uno de los plumíferos cuando abandonaba el teléfono con actitud satisfecha.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

Me miró como si yo fuera un habitante de otro planeta.

—¿No le han facilitado la noticia a usted? —Gruñó, tomándome por uno de su misma especie.

—Acabo de llegar.

—Ya. Bueno, los países árabes han aceptado oficialmente una tregua, un alto el fuego para negociar con Israel.

—¿Y los judíos?

—Todavía no se sabe. Y se largó disparado.

Eché a andar y recorrí una distancia de millas. Me crucé con la delegación de Estados Unidos. A juzgar por sus expresiones no parecían muy entusiasmados. No lo estarían hasta saber realmente

qué decidían los políticos de Israel y yo estaba casi seguro de que a éstos maldito si les entusiasmaría la cosa.

Seguí adelante.

La delegación soviética ocupaba unas oficinas muy bien custodiadas. Reinaba una actividad febril en ellas y los periodistas saltaban de un lado a otro como un enjambre de avispas, de modo que los guardias andaban locos tratando en vano de controlarlos.

No hubo dificultades para colarme entre ellos aprovechando la confusión. Vi algunos funcionarios rusos manoteando multitud de papeles. No respondían a una sola de las preguntas que los reporteros les soltaban como disparos.

Smirnoff no estaba entre ellos.

Me deslicé por el fondo de la sala, crucé una puerta y de pronto me encontré ante un individuo alto y ancho que me cerró el paso al otro lado.

Su inglés no era muy bueno cuando dijo:

—No puede usted entrar aquí. Vuelva atrás.

—Quiero hablar con el señor Smirnoff —dije resueltamente.

También el guardián ruso me tomó por un reportero, porque sacudió la cabeza y masculló:

—Convocará una rueda de prensa más tarde. Lo verá entonces. Ahora, salga de aquí...

Había otra puerta al fondo y nadie a la vista. Así que le descargué un trallazo al cuello a fin de que no pudiera alzar la voz.

No la levantó, entre otras razones porque se quedó sin aire con que alimentar sus pulmones. Me envió un buen golpe que me habría arrugado si llega a alcanzarme, pero lo esquivé y mi segundo puñetazo se estrelló entre sus ojos.

Cayó de rodillas, aún luchando por lanzar la alarma.

Cerré la puerta rápidamente. El tipo aún pugnaba por hablar mientras jadeaba como un fuelle. No podía perder más tiempo. Saqué la «Magnum» y el culatazo acabó con sus intentos.

Lo levanté y lo dejé sentado en una silla, con la cabeza apoyada en la mesa. Después, crucé rápidamente la antesala y entré en el despacho final.

Allí estaba Smirnoff, metiendo una colección de documentos en una cartera. Se volvió vivamente cuando entré y arrugó el ceño, perplejo, al verme cerrar la puerta a mis espaldas.

Luego, su rostro se contrajo en una mueca cuando descubrió la enorme pistola en mi mano.

—¿Qué significa esto, señor?

Dijo señor con una entonación que sonó como un insulto. Guardé la pistola.

—Tranquilícese. Usted había inglés y yo ruso, ¿en qué idioma prefiere que discutamos? Utilizó el inglés.

—No creo que tengamos nada que discutir.

—No se precipite. Todo lo que quiero es salvarle el cuello.

—No le comprendo. ¿Quién es usted?

—Eso es lo que menos importa. Escuche, existe un complot para matarle a usted. Quiero hablarle de eso, pero nos llevará algún tiempo y temo que nos interrumpen si ese individuo de ahí fuera recobra el conocimiento. ¿Quiere escucharme sin interrupciones?

Lo pensó y después dijo hablando cuidadosamente:

—Eso es muy irregular. Creo que voy a llamar a los servicios de vigilancia y...

—Y entonces será usted hombre muerto. Créame, no quiero causarle el menor perjuicio, sólo ayudarle y evitar que le maten.

—Usted es americano. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Pertenece a los servicios de seguridad?

—No.

—Y quiere evitar que atenten contra mi...

—Eso es.

—Dígame tan sólo quién va a matarme. Luego, quizá le escuche.

—El servicio secreto de mi país cree que Anton Ivanov Chislenko.

Algo pasó por sus ojos. Algo semejante a un chispazo, pero que se apagó al instante. Una lenta sonrisa añoró a sus labios.

—Creo que están ustedes locos. Nunca oí ese nombre.

—Eso puede ser cierto o puede no serlo. Lo que no ofrece dudas es que Chislenko ha llegado a la ciudad esta noche, subrepticamente, y que cuando ese tipo aparece en alguna parte no es para asistir a una recepción diplomática.

Avanzó, pasó junto a mí y abriendo la puerta dio un vistazo fuera.

—¿Qué le hizo usted? —quiso saber, señalando al dormido

guardián.

—No pude hacer otra cosa que golpearle para poder llegar hasta usted.

—Comprendo... Hable rápido, le escucharé.

Así fue como le conté todo el asunto desde el principio al fin, incluyendo la muerte de Pell y el episodio del tren, en que me dejaron tumbado.

Su rostro de facciones correctas y duras no se alteró en absoluto. Sólo cuando terminó dijo:

—Están ustedes equivocados, amigo mío. Chislenko no intentará contra mí jamás.

—¿Cómo puede asegurarlo?

Sonrió.

—Porque ese complot no existe... Además, Anton Ivanov se encuentra en Europa actualmente según mis informes.

—Están equivocados, señor. Yo vi a Chislenko en el tren poco antes de que lo detuvieran en mitad del túnel.

Arrugó el ceño, perplejo.

—¿Usted conoce a Chislenko?

—Sí.

—Sorprendente...

—Hay muchas cosas sorprendentes en este asunto, señor. Los jefes de nuestros servicios de información están seguros de que las cosas van a suceder según le he contado, pero yo opino de distinto modo.

Dio otra mirada al guardián del exterior. Estaba impacientándose.

—Siga —murmuró.

—Sé que si les conviniera ordenarían matarle a usted sin titubear. Les conozco bien porque yo trabajé contra la MVD hace algunos años. Pero estoy convencido de que actualmente usted es demasiado valioso para ellos para tramar su muerte. En consecuencia, el complot debe ser algo mucho más complicado... Ayúdeme a resolver el problema y se ayudará a sí mismo con ello.

—¿Cómo podría ayudarle?

—Trate de averiguar si los de su embajada tienen noticias de Chislenko. Personalmente creo que no, pero si fuera al contrario indicaría que él está aquí oficialmente.

—Veré si puedo hacerlo. No le negaré que me ha preocupado usted en gran manera. Mi muerte en estas circunstancias, y en los momentos actuales, podría significar una catástrofe.

—Lo sé.

—Eso hace que todo sea más absurdo. Acabamos de obtener un éxito internacional al conseguir llegar a un acuerdo de principio sobre Oriente Medio. Es el primer paso para la paz, y personalmente opino que es la última oportunidad para evitar una nueva guerra en aquella zona. Por eso es más peligroso todavía que esa amenaza, de ser cierta, se lleve a cabo.

—¿Puede usted confiar plenamente en su escolta? Se encogió de hombros.

—Hasta donde es posible estar seguro de estas cosas, sí.

—Eso no me tranquiliza mucho. Volvió a sonreír y dijo suavemente:

—Le confieso que me sentiría más tranquilo si la escolta estuviera compuesta por hombres como usted. Y ahora, no puedo dedicarle más tiempo sin que se disparen todos los mecanismos de seguridad. Debe usted irse antes que ese hombre recobre el conocimiento. Viviré prevenido y trataré de saber qué significa todo este enredo, si es que en realidad existe.

Asentí con un gesto. El me tendió su mano. Hubiera querido decirle algunas cosas más, pero uno nunca sabe a qué atenerse con esos rusos, así que me largué dejándole allí, preocupado, pero prevenido.

Eso era lo que me había propuesto al ir a verle.

Eso y algunas cosas más que sólo sabría si las había conseguido cuando todo hubiera terminado.

O estallado como una bomba, que bien podía suceder.

CAPÍTULO VII

Detuve el coche y me apeé. Había hecho todo lo que cabía hacer por esa noche y estaba agotado y dolorido. Pensé con entusiasmo en mi cama, y ni siquiera se me ocurrió compartir mis penas con Tracy. Todo lo que yo quería era dormir veinticuatro horas seguidas antes de volver a acordarme de nada en absoluto.

Sólo que alguien tenía otras ideas.

No supe de dónde salieron hasta que los tuve junto a mí, uno a cada lado, incrustándose sus pistolas en las costillas.

—Cuidado, Connors, si quiere vivir.

—Tendré cuidado —farfullé, rígido—. Quiero vivir.

—Eso se llama ser inteligente. Vuelva a su coche y entre en el asiento posterior. Hice lo que me ordenaban, esperando una oportunidad de echar mano a la pistola. No me dieron ni la sombra de una oportunidad.

Uno se instaló ante el volante y el otro me empujó, sentándose a mi lado, siempre con la pistola preparada.

—Ahora coloque las manos sobre el respaldo delantero. Voy a desarmarle, Connors.

No sacaron el coche del bordillo hasta que la «Magnum» estuvo en su poder. Entonces nos deslizamos por la desierta calle y mi guardián gruñó:

—Hasta ahora lo ha hecho muy bien, Connors. No vaya a estropearlo todo al final.

—¿Estropear qué, mi funeral?

—Tal vez no muera si es inteligente.

—Seguro, soy inteligente. Pero eso no sirve de mucho ante un plomo del «45». Rió por lo bajo.

—Equivocado —cacareó—. Es un «44» especial. El conductor gruñó:

—Hablas demasiado, Patten. Volvió a reír socarronamente.

El coche atravesó el puente y rodó por unas calles desiertas y silenciosas. Para tratarse de un «paseo» se tomaban mucho trabajo.

—¿Vamos a ver al ruso? —les solté de pronto.

—¿Ruso? —bufó el pistolero—. ¿De qué habla?

—Mire, no haga teatro. Ustedes son camaradas sin la menor duda.

—Está chiflado. El chófer bufó:

—¡Cierra la boca, estúpido!

—Me gusta hablar con el tipo, Caddo. Es divertido. —No te divertirás tanto si el jefe cree que te has ido de la lengua.

Eso me dio esperanzas. No parecían dispuestos a liquidarme, por lo menos, de inmediato. De lo contrario, ¿por qué preocuparse de lo que hablasen?

El coche se detuvo, al fin, en una callejuela sucia y pestilente. Las enormes fachadas de viejos almacenes subían hacia arriba oscureciéndola todavía más.

El chófer se apeó y abrió un portón. Luego, volvió, manejó el coche hasta el interior y volvió a ocuparse de cerrar las puertas, mientras Patten gruñía:

—Abajo, compadre, y mucho cuidado...

Me apeé. Me escoltaron a través de una amplia nave vacía.

Al fondo había como un cuchitril que en tiempos debió servir de oficina y allí me introdujeron.

—Siéntese.

Me senté. Patten siguió vigilándome. El otro descolgó un teléfono y gruñó a través del auricular cuando obtuvo comunicación:

—Lo tenemos aquí, patrón. No hubo dificultades.

Escuchó. Yo podía oír una voz metálica crepitando en el auricular. Cuando colgó dijo:

—Va a venir, aunque dice que tardará. Será mejor que lo amarremos a una silla, Patten. Hicieron un buen trabajo casi convirtiéndome en una momia con un gran rollo de cuerda.

Tras un rato de silencio dije:

—Me gustaría saber cuál es la gran idea, muchachos. Cambiaron una mirada, asombrados.

—Oiga, no nos pagan para tener ideas, ¿sabe?

—De eso estoy seguro.

—Entonces, cállese y espere. Tú, Patten, trae la botella.

Estuvieron bebiendo en silencio unos minutos. Después, sacaron una baraja y se enzarzaron en una reñida partida en la que parecían jugarse los ahorros.

Probé las ligaduras, sólo para convencerme de que era imposible aflojarlas siquiera. Y así transcurrió parte de la noche.

Después la cosa se animó lo suyo.

Primero, Caddo se irguió bruscamente y masculló:

—¿Oíste?

—¿Qué? —dijo Patten.

—Me pareció escuchar un ruido en el almacén.

—Platas, seguro.

—Mejor será que eches un vistazo.

—¿De qué tienes miedo? Nadie sabe que estamos aquí.

—De todos modos, vete a ver. Patten se levantó de mala gana.

—Estás perdiendo más de doscientos pavos —refunfuñó—. Por eso buscas excusas para interrumpir la partida...

—Sigue hablando —refunfuñó Caddo, levantándose a su vez.

Ahora yo también había oído el suave roce fuera. Patten se encogió de hombros y barbotó:

—Como quieras, pero no esperes que...

Caddo pasó por su lado como una centella, con la pistola en la mano. Al fin su compinche se convenció de que sucedía algo y también empuñó su «44».

Y de pronto recordé el «chivato» instalado en el coche y sentí un ramalazo de pánico.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Están armados!

—¡Maldito bastardo! —rugió Caddo, deteniéndose.

Sonó un estampido como un cañonazo. Caddo dio un salto, encogiéndose. Cayó retorciéndose unos instantes y luego quedó perfectamente inmóvil.

Patten quedó unos instantes paralizado de estupor. Luego reaccionó saltando a un lado, apartándose de la puerta, y se agazapó contra la pared.

—¡Tú, maldito hijo de perra...!

Ladeó la pistola y vi la muerte de cara.

Impulsé la silla hacia atrás en el instante en que él tiraba del gatillo. La bala me pasó por encima, zumbando, mientras caía de

espaldas.

Tras esto, alguien disparó y en la pared de madera, muy cerca del lugar donde el pistolero permanecía agazapado, se abrió un agujero bordeado de astillas.

—¡Condenación! —Gruñó.

Se olvidó de mí para vigilar la puerta. Mandó un par de balazos hacia fuera para mantener alejados a los atacantes. Luego, de pronto, volvió a recordarme y de nuevo su maldita pistola me buscó.

—¡No saldrás vivo de aquí, bastardo! —aseguró.

Yo estaba de costado sobre el suelo, sujeto a la silla y sin posibilidad alguna de escabullirme de lo que se me venía encima.

Una voz ruda gritó desde el almacén:

—¡Está rodeado, pistolero! Eso le distrajo otra vez.

Le vi titubear. La voz insistió:

—¡Salga con las manos en alto, no tiene escapatoria! Patten se movió un poco, cambiando de posición.

Me miró por encima del cañón, de la pistola. Su mirada chispeó cuando tuvo la idea y gritó:

—¡Lárguense o Connors morirá! ¿Oyen esto? ¡Le mataré si no se han ido dentro de un minuto!

La voz de fuera dijo:

—¡No sea loco! Entréguese y tendrá una oportunidad.

—Connors no tendrá ninguna.

Hubo un tenso silencio. Yo veía el cañón apuntado hacia mí y se me antojó tan grande como una caverna.

Una nueva voz intervino desde el exterior, la de Simpson ahora:

—Hagamos un trato —dijo—. Su vida a cambio de la de Connors.

—¿Green que nació ayer? Connors sólo vivirá si ustedes se largan de inmediato. Otro silencio. Después, Simpson gritó:

—¡Connors! ¿Está usted bien?

—¡No estoy muy seguro!

—¿Tiene alguna oportunidad?

—¡Las mismas que un pollo en el asador!

Patten rió entre dientes, sin dejar de apuntarme. Simpson insistió:

—Vamos a salir a la calle, Connors... Ese tipo tiene los triunfos

en la mano. Patten soltó una risita.

—De eso no les quepa duda —dijo con soma.

Ya no dijo más. En la puerta se desencadenó una especie de torbellino. Un cuerpo entró como lanzado por una catapulta, disparando como un diablo al tiempo que describía una espectacular voltereta.

El pistolero tuvo tiempo de volver la pistola y disparar, pero era prácticamente imposible acertar a Simpson convertido en puro movimiento.

Pero Patten estaba inmóvil y recibió una andanada de plomo que le zarandeó, derribándole.

El y el federal cayeron casi al mismo tiempo sobre el sucio suelo, sólo que Simpson se levantó y Patten no.

—Me parece que le hemos sacado de un buen apuro, ¿eh? —comentó viniendo hacia mí.

—Eso es quedarse corto.

Dos hombres más entraron por la puerta con sus armas en la mano. Simpson me libró de las cuerdas al tiempo que hablaba:

—Hubiera preferido cazar a uno vivo para obligarle a cantar, pero ellos no nos dejaron la menor oportunidad.

—Dudo que de haberlos podido interrogar hubiese usted sacado nada en claro. Eran pistoleros alquilados para este trabajo solamente.

—Me sorprende mucho que Chislenko se haya movido tan aprisa, alquilando a esos tipos apenas llegado.

—Opino que el ruso no tiene nada que ver con esto —dije, frotándome las muñecas—. ¿Cómo supieron que me habían cazado?

Sonrió sin alegría.

—Tengo un hombre apostado en un apartamento de la casa que hay frente a la suya, Connors. El vio cómo le echaban el guante y dio la alarma. Después, ese aparatito electrónico que funciona en su coche hizo el resto.

—Le confieso que había olvidado el «chivato» por completo.

Le conté lo que Cotten habló por teléfono. Los otros dos tipos se mantenían callados, escuchando.

Simpson dijo al final:

—¿Qué opina usted?

—Maldito si lo sé —recuperé mi pistola del bolsillo de Patten y

añadí—: Quizá el tipo que envió a esos dos sea el mismo que mató a Pell. Por lo menos su muerte no puede achacársela al ruso porque para entonces aún no había llegado a la ciudad.

Hizo una mueca.

—Eso no me gusta nada —confesó—. Estamos como al principio, con la diferencia de que a cada minuto que pasa Smirnoff está adquiriendo mayor relieve político.

—¿Por qué?

—Es el artífice de ese triunfo en la ONU al conseguir que se establezcan negociaciones sobre el Oriente Medio.

Ordenó a uno de sus hombres que se quedara allí hasta que pudieran disponer de los dos cadáveres, o por si el misterioso individuo del teléfono se presentaba, y luego nos fuimos, el otro federal en su coche y Simpson y yo en el mío.

A pesar de que estaba a punto de amanecer, yo tenía la esperanza de que aún pudiera dormir lo suficiente para no caer sobre el volante.

Esta vez tuve suerte y lo conseguí.

CAPÍTULO VIII

El aroma del café recién hecho se esparcía por el apartamento y creo que eso fue lo que me despertó.

Eso, o el dolor de cabeza.

Se oían ruidos en la cocina. Me levanté, tambaleándome, y me arrastré hasta la ducha.

Engullí un par de aspirinas y tras esto dejé correr el agua sobre mi dolorido cuerpo.

Estaba secándome cuando Tracy anunció desde el dormitorio:

—¡El desayuno está preparado, cariño!

—Me pregunto qué sería de mí sin ti, nena...

Envuelto en la toalla fui a su encuentro. La besé sintiéndome revivir con sólo verla. Era una visión fascinadora.

—Te quiero, gatita.

—Y yo a ti, aunque si me preguntasen por qué me pondrían en un aprieto. Saqué un equipo limpio del armario y ella salió.

La encontré en la cocina. Los huevos tenían un aspecto delicioso, y el jamón esparcía su aroma tentadoramente.

Devoramos todo aquello en pocos minutos, seguido de un enorme tazón de café con crema. Me sentí alegre y casi en paz con todo el mundo.

Casi tan sólo, porque en alguna parte había un hombre al que debía matar. Sólo entonces, cuando saboreábamos el primer cigarrillo del día, ella anunció:

—Te han llamado por teléfono, pero no quise despertarte, Bert.

—¿Quién llamó?

—Dijo que su nombre era Coppola. ¿Qué negocios tienes con ese granuja?

—Y o me llamaste...

—¿Hice algo mal, cariño?

—¿Mal? Creo que lo hiciste peor. Debo hablar con él cuanto

antes.

—Lo lamento, pero necesitabas descansar. Asentí con un gesto.

—Olvidalo... Veré si puedo localizarlo.

Agarré el teléfono y lo intenté en todos los lugares donde era factible de encontrar. No tuve el menor éxito.

Tracy me rodeó el cuello con sus brazos y sus labios hicieron diabluras en los míos.

—Está bien —dije—. Tú ganas. No voy a darte esos azotes por haber estropeado la cosa. Imagino que Coppola volverá a llamarme.

—Eso dijo que haría...

La besé y olvidé al *exgángster* y todo lo demás. Era así de sencillo con ella.

Fue una mañana perfecta después de todo en la que nos amamos intensamente, sin que nada viniera a turbar nuestra paz.

Después, el teléfono escandalizó y volvimos a tocar de pies al suelo. Me levanté y corrí al aparato.

La voz de Coppola me llegó, nítida:

—¿Connors? —dijo—. Intenté localizarte antes...

—Lo sé. ¿Qué tiene para mí?

—No estoy muy seguro, pero uno de los muchachos cree que el individuo que usted busca está en un tugurio de Walton Street.

—¿Qué probabilidades hay de que ese tipo esté en lo cierto?

—Las mismas como de que esté equivocado. ¿Está usted dispuesto a soltarle quinientos pavos si se trata de su hombre?

—Sí.

—Bueno, cuelgue. Le llamaré dentro de cinco minutos.

Depositó el auricular en el soporte. Quizá al fin las cosas empezasen a moverse. Tracy susurró:

—¿Coppola?

—Sí, querida.

—¿Buenas noticias al menos?

—Pueden serlo si no se trata de un error.

—Presiento que esas noticias pueden significar también más violencia...

—Seguro. Pero piensa que significan el final de este asunto y que después todo habrá terminado.

Lo pensó y no pareció gustarle mucho la perspectiva.

La dejé que reflexionara sobre todo aquello y regresé al

dormitorio donde había dejado la pistola. Cambié la carga, revisando los cartuchos uno por uno. Después me guardé un puñado en los bolsillos y volví al lado de la muchacha.

Coppola llamó diez minutos más tarde, cuando Tracy y yo estábamos diciéndonos sin palabras lo que un hombre y una mujer pueden decirse en tan especial lenguaje.

—¿Connors?

—Hable.

—Hay un bar en la esquina de Walton y *Ferrys* Street. Vaya allí en veinte minutos.

—¿Cómo reconoceré al tipo?

—Yo se lo presentaré.

—Eso me parece perfecto. Colgué sin más palabras. Tracy palideció.

—¿Ya? —susurró.

—Sí.

—Por favor, querido, ten mucho cuidado...

—Seguro que lo tendré.

—Si te sucediera algo...

—El luto te sentaría de maravilla, corazón.

—Pero no encontraría a otro tan loco como tú en todos los días de mi vida. La besé y me fui, quizá al encuentro de la muerte...

Johnny Coppola me esperaba sentado en un pequeño reservado, acompañado por un individuo esmirriado con cara de ratón.

Pedí un *whisky* en el mostrador y me lo llevé al reservado. Coppola dijo:

—Éste es Rainer, Connors. Quiere quinientos dólares por la información.

—Se los pagaré si los vale.

Rainer se removió en el asiento, inquieto.

—Yo creo que los vale.

Su voz correspondía a su aspecto. Era débil y quebradiza.

—Sólo lo sabré cuando haya visto al tipo. ¿Dónde está?

—En casa de Maggy —dijo.

—Bueno, ¿y quién es Maggy?

—Una pájara que tiene un hotel.

—Entonces dudo que sea mi hombre. El no se alojaría en un

hotel.

—Usted dijo que era un degenerado...

—Lo es.

—Entonces sí se alojaría en «ése» hotel, amigo —aseguró Rainer.

—Ya veo.

—La policía lo ha cerrado dos o tres veces, pero siempre vuelve a flote. Esa Maggy es una chica muy lista.

—¿Hay mujeres allí?

—Seguro. La mayoría de habitaciones están alquiladas por mujeres.

—Y el tipo, ¿está con alguna? Se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Puede tener las que quiera con sólo chascar los dedos.

—Juzgando por la calle —dije—, no creo que sean de mucha categoría, ¿eh, Rainer?

—Bueno, ninguna ganaría jamás un concurso.

—Muy bien, ¿qué habitación ocupa?

—Ocupan —puntualizó—. Son dos.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Ahora estaba casi seguro que se trataba del ruso y de su guardia de *corps*.

—¿Qué habitación?

—La treinta y seis. En el cuarto piso.

—Hábleme de la encargada, esa Maggy. ¿Qué sabe de ella?

—Casi nada. Es una mujerona gorda como un globo. Tiene buenos agarraderos. Debe tenerlos para mantener abierto su negocio.

—¿Qué más?

—No sé... Si le interesa, le diré que es hija de extranjeros.

—¿Europeos?

Se encogió de hombros. Coppola intervino:

—¿Qué es lo que le preocupa, Connors?

—El hecho de que se aloje en un hotel, aunque sea de esta clase.

El tipo no se arriesgaría a tanto sin una buena razón.

—¿Cree usted que está en combinación con la propietaria?

—Pudiera ser.

Apuré el *whisky* y me levanté.

—Le pagaré cuando haya visto al individuo, Rainer. Éste no pareció muy satisfecho.

—Según me dijo el señor Coppola, ese tipo puede ser muy peligroso, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bueno, me pregunto quién me pagará mi dinero si le liquida a usted.

—Me gusta que trate de animarme...

Conté quinientos dólares y los entregué a Coppola.

—Depositario —dije—. Si no vuelvo, páguele.

—¿Debo esperarle aquí?

—No creo que tarde mucho de cualquier modo. Los dejé, un tanto preocupados.

Anduve cansinamente por la acera hasta divisar el hotelucho. No era gran cosa. Una entrada estrecha y oscura y un pequeño mostrador a un lado. Al fondo se adivinaba el principio de una escalera.

Entré sin ver a nadie. Más allá del mostrador había una puerta. La abrí y asomé la cabeza.

Una mujer como un globo ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Hay un timbre en el mostrador —cacareó—. Debió utilizarlo.

Entré y cerré la puerta. Ella comenzó a preocuparse y sus grasas se agitaron cuando intentó levantarse.

—No necesita hacer ejercicio, Maggy —le espeté—. Precisamente debe hacer todo lo contrario.

—No comprendo una palabra.

Su rostro estaba húmedo. Tenía unos ojos astutos tan duros como el diamante. No era nada agradable de mirar.

—Quiero tener una entrevista con dos de sus huéspedes. Y no deseo que me anuncien. Palideció. Eso la delató mejor que un discurso.

—Mis chicas no reciben a nadie si es desconocido...

—No quiero nada con sus chicas, sino con sus chicos.

Esta vez, y a pesar de su tamaño, se levantó con más rapidez de la que cabía esperar con su tamaño.

—¿Qué se ha creído que es esto? —barbotó. Bueno, no era agradable, pero había que hacerlo.

Le golpeé bajo el mentón y cayó sin un gemido. Casi esperé verla rebotar cuando dio contra el suelo.

Busqué unas sábanas, las convertí en tiras y unos minutos

después la gorda propietaria del hotel estaba sólidamente atada y amordazada.

Salí y cerré la puerta con llave. Me guardé ésta y subí a la cuarta planta.

Me detuve junto a la puerta indicada por Rainer y escuché. Oí una débil risa de mujer dentro. Después, un hombre barbotó algo ininteligible.

Un vistazo a la puerta me reveló que era de simple chapa. Retrocedí con la pistola en la mano, tomé impulso y embestí la madera.

Hubo un chasquido y la puerta cedió sin mucha resistencia. Entré trastabillando y me detuve a pocos pasos del lecho.

La mujer emitió un grito y trató de cubrirse con la sábana. El hombre sólo me miró. Era Anton Ivanov Chislenko.

—Vístete, nena. La fiesta terminó.

La visión de la pistola la convenció de que la cosa no estaba para discusiones y saltó de la cama, vistiéndose rápidamente.

Retrocedí para quedar apoyado en la pared. Cerré la puerta entretanto y sólo entonces el ruso habló. Su inglés era muy bueno:

—Si cree que se llenará los bolsillos, pierde el tiempo...

—Coloca las manos bajo tu cabeza, camarada, y no te muevas. Yo te diré cuándo debes abrir la boca.

La mujer, con el maquillaje corrido, desgredada, me miró desamparada cuando se hubo vestido.

—Lárgate, hermana, y no tengas prisa en avisar a nadie. Tu amigo y yo vamos a tener un cambio de impresiones.

Asintió, dirigiéndose a la puerta por donde desapareció.

—¿Dónde está tu compinche, Chislenko?

Al oír el nombre dio un salto sentándose en la cama.

—¿Qué... quién...?

—¿No recuerdas mi cara, Anton Ivanov?

Achicó sus ojillos despiadados. Al fin me reconoció y eso no le hizo feliz ni mucho menos.

—¡Usted! —balbució.

—Así está bien, sin rodeos. Ambos nos conocemos muy bien.

—¡Connors!

—Ajá. ¿Dónde guarda a su compinche?

—No está aquí.

—Eso ya lo veo.

—Salió..., no sé cuándo volverá.

—No creo que haya ido muy lejos, Chislenko, aunque eso no importa mucho. Cuando llegue será tarde para ti.

—Está a punto de cometer un grave error, Connors.

—Matarle podrá ser cualquier cosa menos un error. Lo he deseado durante años, desde que torturó hasta matarlos a once hombres amigos míos.

Incluso consiguió una sombra de sonrisa.

—Eso son cosas de ese maldito trabajo. Ya debería saberlo usted.

—Dejémoslo. Empiece a hablar, Anton, y pronto. ¿Cuándo tenía planeado matar a Smirnoff?

Enarcó las cejas. Luego se echó a reír.

—Es usted un iluso, Connors.

—Tal vez, pero soy quien tiene la artillería también, así que no agote mi escasa paciencia.

—Su experiencia debería decirle que no conseguirá arrancarme nada.

—Quizá no. Y si bien lo pienso, eso no importa mucho. Lo importante es que no pueda llevar a cabo su propósito. Aunque por lo menos me gustaría saber cuál era la idea general. Para torpedear unas conversaciones inútiles no tenían necesidad de llegar tan lejos.

—El caso es, Connors, que Rusia no quiere torpedear esas conversaciones, sino todo lo contrario.

Seguía sin tener sentido alguno. Lo dejé tranquilo. Ya había perdido demasiado tiempo y de un momento a otro alguien podía descubrir a la gorda abajo y dar la alarma.

El debió leer su sentencia en mis ojos, porque se puso rígido y gruñó:

—Siempre pensé que ustedes no hacían las cosas de esta manera...

—Se equivocó.

Repentinamente se relajó por completo. Casi me sorprendieron. Sólo su súbita tranquilidad me puso en guardia. Después, oí el leve cuchicheo fuera y comprendí que él también lo había advertido y por eso habían renacido sus esperanzas.

De modo que cuando la puerta se abrió de golpe y el hombre entró de un salto, buscándome con su pistola, encajó un par de

plomos sin haber tocado siquiera de pies al suelo.

Los dos estampidos de mí «Magnum» estremecieron las paredes. El tipo cayó dando tumbos y Chislenko abandonó la cama a una velocidad de vértigo, precipitándose al montón que formaban sus ropas sobre una silla.

Le dejé que llegara a ellas. Incluso le permití acariciar la culata del enorme revólver «Tokarev» y entonces le acribillé, sólo para estar seguro de que jamás volvería a torturar a nadie hasta despedazarlo como tenía por costumbre hacer.

Di un vistazo al tipo tumbado cerca de la puerta.

Era apenas un muchacho vestido con un pantalón viejo y una cazadora de cuero. Su camisa había conocido mejores tiempos también.

No me cupo ninguna duda de que se trataba del chivo expiatorio destinado a representar el papel de matador del diplomático. Me pregunté quién sería en, realidad, pero eso ya no me importaba.

Cuando abandoné el cochambroso hotel, reinaba un silencio absoluto en el edificio.

Las pupilas de la gorda estaban bien amaestradas para no meterse en complicaciones.

Regresé al bar donde me esperaban Coppola y Rainer.

Los dos levantaron la cabeza, sorprendidos de verme entero.

—Páguele —dije, sentándome.

—¿Todo en orden?

—Depende de lo que usted llame orden. En todo caso, Rainer se ganó los quinientos pavos.

Se los entregó. El soplón los acarició un instante y después se levantó.

—Yo me largo —murmuró. Y se fue.

Coppola sonrió.

—Lo ha tenido usted muy inquieto por sus quinientos.

—Ahora ya los tiene.

—¿Puedo preguntarle lo que sucedió en ese hotelucho?

—Puede. Ahora hay dos hombres muertos y una mujer atada como un fardo. Asintió con una mueca.

—Es usted un tipo muy rudo, Connors. Lo único que le pido es que olvide que he intervenido en esto de algún modo.

—No tiene nada que temer. Alguien tatará el asunto tan pronto

yo haga una llamada telefónica.

Se levantó también y sólo gruñó:

—Entonces, maldito sea, ¿a qué espera? Se esfumó como si le persiguieran.

Fui al teléfono y llamé a Simpson.

El hizo los arreglos necesarios para que la cosa no fuera muy lejos. Luego me dijo dónde quería que yo estuviera dentro de una hora y colgó.

Por alguna razón, que no me entretuve en analizar, no me sentí satisfecho ni mucho menos.

CAPÍTULO IX

Estaban los dos allí, muy tiesos, mirándome mientras hablaba.

Kroke, de la CIA, daba la sensación de haberse tragado algo muy amargo a juzgar por su expresión.

Simpson no tenía expresión alguna. Cuando callé, Kroke dijo:

—Hubiera sido mejor cazar a ese tipo vivo...

—¿Para qué?

—Olvídelo —gruñó Simpson—. Usted hizo su parte, Connors. Eso era lo que Pell le encargó y usted estaba deseando hacer. Ahora, el asunto está terminado.

—¿Está usted seguro?

—¿Por qué lo pregunta?

—¿Quién mató a Pell, y quién organizó los golpes contra mí?

—A mi modo de ver, eso son dos problemas distintos. No sé quién mató a Pell, pero sí estoy seguro que eso y los atentados contra usted son cosas desligadas entre sí.

—Siga soñando. Hay algo más en este embrollo. Algo sórdido moviéndose en la sombra, quizá preparándose para descargar otro zarpazo. Pell no murió por un error del asesino. Y todavía no hemos descubierto qué era lo que él quería decirme, lo que le había puesto en aquel estado de absoluta excitación.

—Bueno, Pell llevaba otros asuntos entre manos. Su muerte puede estar relacionada con cualquiera de ellos.

Kroke masculló:

—Por mi parte, el asunto está cerrado. Sólo lamento que hayamos debido recurrir a un tipo como usted, Connors. Eso es todo.

Se levantó. Sentí tentaciones de sacudirle como a O'Mara,

pero desistí de ello. Ya estaba hasta la coronilla de todo aquello.

Así es que me limité a mandarlo al infierno y encaminarme a la

salida. Ninguno de los dos habló. Abrí la puerta, les di un último vistazo y salí.

Encontré a Tracy vestida para asistir a una sesión con el fotógrafo de publicidad para el que posaba esporádicamente.

—¿De qué se trata esta vez? —le pregunté.

—Lencería..., cosas muy delicadas, cabezota.

—Conozco esas cosas tan delicadas. Se colgó de mi cuello y sólo murmuró:

—¿Terminó, querido?

—Sí.

Me miró al fondo de los ojos, muy cerca.

—Ahora todo volverá a ser igual que antes —musitó—. Creo que me costará acostumbrarme a la idea.

—Vuelve pronto.

—No te lo prometo. Ya sabes cómo trabajan esos tipos de la cámara. Nunca están satisfechos.

—De todos modos, te esperaré.

Me besó, o yo la besé a ella, no lo sé. Después se desprendió de mis brazos y salió.

Estuve en el apartamento durante una hora. Fue suficiente para acabar con los nervios de punta.

Salí y eché un vistazo a la calle. Todo estaba tranquilo. El coche que me facilitaran para la misión continuaba allí, equipado con su «chivato». Salté al volante pensando que mi excitación nerviosa debía obedecer a razones un tanto confusas, y conduje hacia el brillante edificio de la ONU.

Entre el público, escuché un inútil debate sobre África del Sur.

Luego, suspendieron la sesión durante una hora para preparar otra en la que se trataría de las conversaciones de Oriente Medio, a las que Israel parecía dispuesto a boicotear porque Rusia y los países árabes exigían como premisa que las tropas judías se retirasen de los territorios ocupados.

Todo un panorama.

Abandoné las tribunas y me fui al bar.

A mitad de camino me crucé con un nutrido grupo que hablaban en ruso. Smirnoff iba entre ellos y me vio al mismo tiempo que yo a él.

Siguieron adelante. Cuando yo llegué al bar, Smirnoff acababa

de apartarse de sus acompañantes y se acercó también al mostrador.

—He pensado mucho en usted, amigo —dijo, encaramándose a un taburete.

—¿Y...?

—Fue usted muy amable y se arriesgó mucho para advertirme.

—Sólo quiso comprobar si mis ideas respecto a usted eran correctas o no.

—Eso supuse. Bien, he podido saber que el hombre que usted mencionó huyó de Rusia hace un mes aproximadamente.

—¿Dice usted que huyó?

—Iba a ser detenido por traidor. Se descubrió que estaba complicado en unas filtraciones altamente secretas.

—¿Por cuenta de quién?

—No puedo decírselo. China tal vez... Y le digo esto sólo por lo que usted hizo por mí.

—Le agradezco que lo haya hecho. Ahora comprendo mejor ciertos puntos que permanecían oscuros.

Tomó el café que había pedido y bajó del taburete.

—Tal vez algún día pueda hacer algo por usted —murmuró—. Si es así, no dude en acudir a mí, aunque ni siquiera sé su nombre.

—Connors.

Asintió, estrechó mi mano y marchó apresuradamente a preparar su debate.

Permanecí algún tiempo allí, pensando en esto y aquello y sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria.

Al fin me largué a esperar a Tracy. Confiaba en que ella pudiera librarme de mi extraño estado de ánimo.

Cuando entré en mi apartamento, el teléfono escandalizaba con entusiasmo. Lo descolgué y una voz preguntó:

—¿Connors?

—Sí, hable.

—Escuche...

Sorprendido, escuché en silencio. Luego, el silencio del auricular fue roto por un alarido que vibró sacudiéndome de arriba abajo.

El aullido había sido lanzado por una voz de mujer.

¡La voz de Tracy!

Casi dejé escapar el auricular de la mano. Después, me aferré a él como a un clavo ardiendo y grité:

—¿Qué significa esto, dónde estás, nena?

—¡Bert! —sollozó.

Hubo un alboroto y su voz fue sustituida por la del principio.

—¿La oyó, Connors?

—Sí, la oí.

—¿No tiene nada que decir?

—Amenazarlo a usted y llamarle hijo de perra no me llevaría a ninguna parte. ¿Cuál es su gran idea?

—No es nada complicado. Venga usted, Connors. Solamente si viene solo y sin armas ella vivirá. De lo contrario, le que le aguarda a su chica no es nada recomendable para cardíacos. ¿Entiende?

—Perfectamente. Sólo dígame por qué quiere usted mi cabeza. Soltó una risita.

—Ya no, amigo. Cambié de planes. Ahora le necesito vivo.

—Seguro.

—Créame. Usted, muerto, en las actuales circunstancias no me serviría de nada.

¿Alguna pregunta más?

—Ninguna, sólo dígame adónde debo ir.

—Conduzca despacio por la Segunda Avenida, entre las calles Cuarenta y Cincuenta.

Alguien le hará señas.

Deténgase y déjele subir. Ese hombre le indicará el camino.

Colgó sin más.

Saqué la pistola y la arrojé con furia sobre el diván. Sabía que no iba a servirme de nada.

Salí de la casa como una tromba, maldiciendo y jurando entre dientes. Monté al coche de un salto y salí disparado con un agudo chillido de neumáticos castigados.

Mientras atravesaba la ciudad, aquella voz monótona zumbaba en mis oídos una y otra vez. Y un furor ciego y salvaje me dominó al pensar en Tracy y en su grito, y en la manera como mataría al bastardo que se había atrevido a ponerle su sucia mano encima.

Frené en las calles indicadas y conduje despacio pegado a la acera, pero no fue hasta la segunda pasada que un individuo alto y recio me hizo señas discretamente.

Le dejé que se colara a mi lado. Miré su rostro y no me gustó. Era duro y amazacotado, con una nariz aplastada y unos labios

delgados como una cuchillada.

—¿Lleva armas?

—No.

—Le registraré, y si ha mentido su chica, va a pasarlo muy mal.

—Repítalo y le machacaré la cabeza.

Rió de modo silbante, entre dientes:

—Hágalo y verá qué pasa. ¿Cree que estoy solo en esto? Ni siquiera matándome conseguiría usted nada.

—Lo sé, y tan sólo a ese convencimiento se debe el hecho de que sigas vivo. Eso no le gustó, de modo que varió de tema.

—Vamos a Harlem. Entre por Jefferson y allí le indicaré el camino.

De modo que fuimos a Harlem, recorrimos algunas de sus pestilentes callejas y al fin me ordenó parar.

—Cierre el motor y mantenga las manos sobre el volante mientras compruebo que no lleva armas.

Lo hizo, y no olvidó nada. Incluso revisó mis calcetines.

—Ahora, apéese. Hemos de andar un poco.

Así que anduvimos uno al lado del otro como dos buenos camaradas. Sólo que uno de los dos sabía que el otro debía morir.

Me indicó un portal y entramos. Había unos peldaños que descendían hacia un sótano. Una puerta se abrió mostrando un interior en penumbra.

La voz del teléfono preguntó desde el interior:

—¿Alguna dificultad, Shrake?

—Ninguna.

Me empujó al interior. Cuando mis ojos pudieron acostumbrarse a la semipenumbra, distinguí al hombre que había organizado la fiesta.

Y no me caí de espaldas por milagro.

El tipo era

O'Mara,

el primitivo hombre de la CIA.

El empezó a reír al ver mi estupor. Estuvo riendo mucho tiempo, tanto que perdí el control y salté sobre él como un tigre.

Ninguno de los dos había esperado aquello. Rodamos enzarzados en una lluvia de golpes, gruñendo como bestias. El otro danzaba alrededor buscando la oportunidad de ayudar a su jefe.

Conseguí conectar un par de golpes que le dolieron lo suyo, porque su presa se aflojó y estuvo lamentándose mientras buscaba su garganta para un apretón final.

Entonces, Shrake me cazó.

Caí rodando a un lado. Trató de patearme, pero esquivé y un grito de

O'Mara

le detuvo.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡Vigílalo tan sólo!

Me levanté, mirando la pistola que me apuntaba.

O'Mara

vino hacia mí con todas las furias del infierno burbujeando en sus pupilas.

—Podría matarle —barbotó—. Le aseguro que nada me complacería tanto... Pero le necesito vivo y eso le salva por el momento.

—Olvide los discursos. ¿Dónde está Tracy?

—Ahora la verá. Si usted hace cuanto yo le ordene, ella será puesta en libertad, sana y salva. De lo contrario, Shrake se ocupará de ella, y usted sabe lo que quiero decir con eso.

Asentí. El abrió una puerta interior y allí estaba mi chica. Atada a una silla y amordazada, pero sin desperfectos visibles.

—Hola, gatita —dije con una voz que no era la mía.

O'Mara

me cerró el paso.

—Sólo vería —me advirtió.

Volvió a cerrar la puerta y me obligó a retroceder.

—Terminemos cuanto antes —dije, temiendo que no podría controlar mi furia mucho tiempo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Que mate usted a Smirnoff.

—Está usted loco...

—No, nada de eso. Va usted a hacerlo, porque es la única manera de evitar que esa mujer sea destrozada por Shrake. Y lo hará en pleno día, sacrificándose usted.

¿Comprende?

—¿Qué gana con esto,

O'Mara?

—Quinientos mil dólares. Apenas podía creerlo.

—Tarde o temprano le cazarán. Porque usted fue quien mató a Pell, ahora estoy seguro.

—Ni más ni menos. Mientras ustedes discutían, yo coloqué la bomba en el coche...

—Y mandó a un desgraciado en su lugar, cuando todos creíamos que fue usted quien voló en pedazos. Muy ingenioso.

—Todas mis ideas son ingeniosas. No se consigue medio millón de dólares sin talento. Sólo que Pell descubrió la verdad por pura carambola.

—Y lo mató.

—Sí.

—Si espera usted que los rusos le paguen medio millón está para que le aten,

O'Mara.

Sonrió con toda la boca.

—No son los rusos quienes van a pagarme, desgraciado. Ellos no mandaron a Chislenko para matar a Smirnoff. Ese informe que tanto preocupó a Pell fue una cortina de humo tendida por nosotros. En realidad, Chislenko huyó porque nosotros hicimos que sus jefes supieran para quién estaba trabajando en realidad.

—¿A quién se refiere cuando dice «nosotros»? Volvió a sonreír.

—¿Oyó hablar de La Estrella de Israel?

—Seguro; es la más poderosa organización sionista en este país.

—Ahí tiene la explicación. Muerto Smirnoff por un exagente secreto norteamericano, la conferencia se convertirá en humo. Israel podrá anexionarse nuevas tierras y los Estados Unidos no tendrán más remedio que respaldarlos. Es así de sencillo.

—Ya veo... Y usted me matará a mí después que yo haya hecho el trabajito.

—Eso, mi estimado bastardo, no lo sabrá hasta el final.

—Bien, ¿qué garantías tengo de que Tracy será liberada después que haya muerto Smirnoff?

—Ninguna. Deberá confiar en mi palabra.

—Su palabra tiene el mismo valor que un puñado de basura. Traicionó a la CIA. ¿Por qué no traicionar hasta el final?

Se encogió de hombros.

—Si se niega, ella pasará por un infierno delante de sus ojos, Connors. Elija. No tuve que pensarlo mucho.

—Lo haré —dije.

—Muy bien. Saldremos ahora mismo... Smirnoff ha sido sentenciado a muerte de todos modos.

Y así era en realidad.

CAPÍTULO X

Detuve el coche en el estacionamiento de la ONU una vez más.

O'Mara

dijo:

—Tranquilo ahora. Quiero que la cosa sea espectacular... Así hará más ruido.

—¿Con qué infiernos espera usted que le mate, con un cañón?

—Con esto.

Sacó una pequeña granada del bolsillo. Era una bomba de un poder expansivo terrible que yo conocía muy bien.

—No le costará mucho, Connors —dijo riéndose—. Sólo tiene que arrojarla a los pies de Smirnoff y asunto concluido.

—¿Dónde estará usted?

—Lo bastante cerca para comprobar los resultados.

—Ya veo. Deme la granada.

—¿Cree que soy idiota? Aquí podría soltármela en las narices. Se la entregaré en el momento justo de lanzarla.

Echamos a andar hacia el edificio. Había el acostumbrado movimiento en los pasillos. Nos encaminamos al salón de sesiones, sólo para comprobar que Smirnoff estaba hablando con voz dura, machacando a Israel y a Estados Unidos con una maestría fruto de su larga experiencia.

—Vamos, esperaremos fuera —decidió

O'Mara.

Esperamos casi una hora, él manteniéndose siempre apartado para evitar que nadie se fijara en su rostro.

Al fin, la sesión terminó y los delegados fueron desfilando, todavía discutiendo los detalles del debate.

Y de pronto, Smirnoff apareció, acompañado por los miembros de su delegación.

O'Mara

murmuró junto a mi oído:

—Déjelos que se alejen hasta el final del pasillo... Entonces le daré la bomba y usted los alcanzará para arrojarla.

—Está bien...

Vi alejarse la comitiva.

O'Mara

hundió la mano en su bolsillo. Cuando sacó la granada, supe lo que tenía que hacer.

El todavía me advirtió:

—Recuerde a la chica si tiene ideas de héroe.

Alargó la mano. La granada estaba equipada con una anilla y una pequeña plancha que se desprendía al arrojarla después de tirar de dicha anilla. Atrapé la granada y su mano todo a un tiempo. Con la izquierda arranqué la anilla y la tiré lejos al tiempo que le advertía:

—Éste es el final,

O'Mara...

Jamás cobrará los quinientos mil dólares.

—¡Maldito..., nos hará pedazos a los dos!

—Por lo menos, ésta es la idea... Tan pronto uno de los dos ceda, la palanca se cae y la bomba estalla. ¿Qué le parece?

Comenzó a sudar como un condenado. Por el rabillo del ojo vi desaparecer a Smirnoff y su comitiva.

O'Mara

jadeó:

—Escuche, podemos llegar a un acuerdo...

—No. Ahora me siento héroe. Voy a salvar esa maldita e inútil conferencia y por añadidura me lo llevaré a usted al infierno.

—¡No se mueva!

Tiré un poco de la mano, sintiendo la palanca entre mis dedos.

Una mirada de pánico asomó a sus ojos. Temblaba y toda su entereza se había esfumado de una vez por todas.

—No me diga que tiene usted miedo,

O'Mara...

—¡Espere...!

—No creo que sienta usted mucho dolor... En realidad, quedará hecho pedazos en cuestión de segundos...

Al fin perdió el control, que era lo que yo quería.

Abandonó la granada y echó a correr. Sólo tuve que arrojársela entre las piernas y luego me tiré de cabeza al suelo y me apreté contra la pared.

El estampido me levantó del suelo. Pedazos del artesonado del techo se desplomaron sobre mí al tiempo que diminutos trozos de metralla aullaban en todas direcciones.

Reboté dos veces contra el muro y luego todo acabó. Aturdido, me levanté. Lo que quedaba de

O'Mara

era un amasijo nauseabundo. Esta vez el maldito traidor había hecho el gran viaje sin billete de vuelta.

Me precipité fuera del escenario del estallido, en medio de una enorme confusión.

Todavía no sé cómo conseguí llegar a la calle, pero corrí hacia donde había dejado el coche de

O'Mara,

lo saqué del aparcamiento y, a una velocidad reñida con todas las leyes de tráfico, tomé rumbo a Harlem.

Atraje las iras de dos o tres polizontes. Dos motoristas se lanzaron tras de mis huellas con las sirenas aullando. Apreté más el acelerador, de modo que llegué a mi destino con sólo unos segundos de ventaja sobre mis perseguidores.

Y allí empezaron las sorpresas. Simpson estaba saliendo en aquel momento. Y sostenía a Tracy entre sus brazos, ayudándola a andar.

Todos nos quedamos quietos, mirándonos. Poco a poco, la muchacha se desprendió de él y con un grito se precipitó hacia mí.

La cacé al vuelo y ambos nos tambaleamos, fuertemente abrazados. Entonces llegaron los motoristas, y la gente se arremolinó, y Simpson se vio obligado a echar mano de toda su autoridad para aclarar un poco las cosas.

Los labios de mi chica eran como llamas vivas que yo no deseaba apagar. Pero el federal tenía otras ideas y nos separó sin muchas delicadezas.

—¿Qué pasó, mató a Smirnoff?

—¿Quién se lo ha contado?

—Ella. Lo escuchó todo a través de la puerta.

—Ya veo... Bueno, Smirnoff goza de excelente salud todavía. Quien ha volado en pedazos, y esta vez sin la menor duda, ha sido

O'Mara.

—Voy a ocuparme de eso tan pronto haya puesto un poco de orden aquí...

—¿Cómo localizó a Tracy?

—¿Olvida usted que el «chivato» sigue funcionando? Mi hombre continuaba todavía apostado frente a su casa. La verdad es que había olvidado decirle que ya no era necesaria su vigilancia. Bueno, le vio salir de estampida, tan alterado que por poco no se llevó un par de autos por delante. Por si las cosas se complicaban me llamó y seguimos el rastro del coche. Así llegamos aquí.

—Había un gorila custodiando a Tracy...

—Todavía está ahí dentro —dijo, lúgubre.

—Ya veo. Tracy susurró:

—Llévame a casa, Bert...

Simpson la miró, sonrió y asintió con un gesto.

—Hablaemos cuando haya pasado el primer embite de excitación, Connors. Entretanto, cuídela. Ha pasado un buen susto.

—¿Pretende decirme también cómo he de tratar a mi propia chica, hombre?

La llevé hacia donde esperaba mi coche. Pensé que debería desconectar el «chivato» si no quería tener disgustos con los federales, pero eso podía esperar.

Mi chica, no. Y no esperó.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

